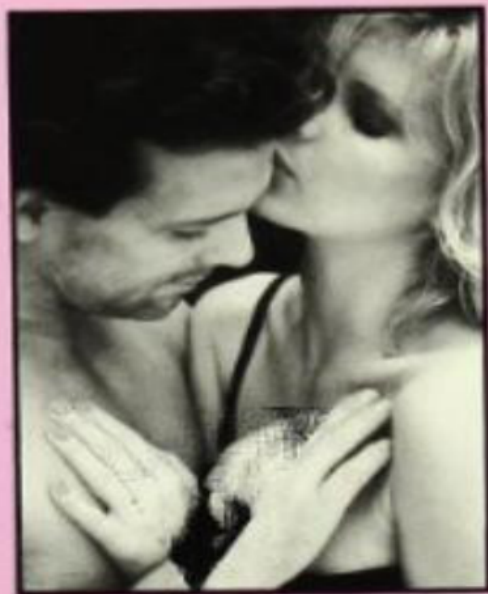


Elizabeth McNeill

Nueve semanas y media



La sonrisa vertical

Annotation

Dos personas, cultas, civilizadas e independientes, se encuentran un día por casualidad en una calle de Nueva York, un domingo de mayo, a principios de los años setenta, y dan comienzo a una relación que pronto pasará a ser una experiencia sado-masoquista de insólita intensidad. Desde el inicio, establecen espontáneamente entre ellos estímulos sexuales que obedecen a un instintivo ritual de dominación y humillación, ritual que, por supuesto, es aceptado gozosamente, primero con sorpresa y luego con fruición auténtica, por la autora de esta estremecedora narración. Naturalmente, a medida que avanza la relación, la pareja emprende juegos cada vez más elaborados y sofisticados que, al cabo de nueve semanas y media, la conducen a ella al absoluto descontrol de su cuerpo y de su mente.

Elizabeth Mcneill

Elizabeth Mcneill

Nueve Semanas y Media

A HB y HR: muchas gracias

La primera vez en que nos acostamos me sujetó las manos por encima de la cabeza. Me gustó. El me gustaba. Era hosco, en una forma que se me antojaba romántica; era gracioso, brillante, tenía una conversación interesante; y me daba placer.

La segunda vez, recogió mi foulard del suelo, donde yo lo había tirado al desnudarme, sonrió y dijo: -¿Me dejas que te vende los ojos?

Nunca me habían vendado los ojos en la cama, y me gustó. El me gustó más aún que la primera noche y, después, mientras me lavaba los dientes, no podía dejar de sonreír: había encontrado a un amante extraordinariamente habilidoso.

La tercera vez, me puso repetidamente a punto de correrme. Cuando estaba por enésima vez dispuesta a estallar, volvió a detenerse; oí mi voz incorporal suplicarle que siguiera. Me contentó. Estaba empezando a enamorarme.

La cuarta vez, cuando estaba lo bastante excitada como para perder el mundo de vista, empleó el mismo foulard para maniatarme. Aquella mañana, me había mandado trece rosas a la oficina.

Es domingo, hacia finales de mayo. Estoy pasando la tarde con

una amiga, que dejó hace más de un año la empresa para la que trabajo.

Sorprendentemente para ambas, nos hemos visto más en el curso de esos meses que cuando trabajábamos en la misma oficina. Vive en el centro, y en su barrio hay una feria callejera. Hemos estado caminando, deteniéndonos, charlando y comiendo, y ella se ha comprado una cajita de plata para píldoras, destartalada, muy bonita, en un puesto donde venden ropa usada, todo tipo de objetos etiquetados como antigüedades y desmesurados retratos de pesarasos mujeres con acrílico incrustado en la comisura de sus bocas rosadas.

Vacilo antes de decidirme a desandar media manzana hasta la mesa donde he estado manoseando un chal de encaje que mi amiga ha calificado de costroso.

— Estaba costroso -digo a sus espaldas, pues me precede unos pasos, y espero que me oiga por encima del tumulto-. Pero ¿no te lo imaginas lavado y arreglado...?

Me mira por encima del hombro, se ahueca una oreja con la mano derecha, señala con el dedo a una mujer, vestida con un enorme traje de hombre, que prueba con tanto cuidado como ardor un juego de tambores; pone los ojos en blanco, se vuelve.

— Lavado y arreglado -grito-. ¿No te lo imaginas lavado? Creo que voy a volver a comprarlo, tiene posibilidades...

— Pues más vale que lo hagas -dice una voz, cerca de mi oreja izquierday de prisa. Cualquiera puede comprarlo y lavarlo antes de que te oiga con todo este ruido.

Me vuelvo bruscamente y miro ofendida al hombre que se encuentra justo detrás de mí; después, miro de nuevo al frente y trato de alcanzar a mi amiga. Pero estoy literalmente atascada. La multitud ha pasado del desplazamiento lento a la absoluta inmovilidad. Delante de mí, hay tres niños de menos de seis años, con helados italianos llenos de goterones; la mujer a mi derecha blande un sandwich mixto con peligroso brío; un guitarrista se ha unido a la percusionista, y su público los contempla hechizado, paralizado de tanta comida, aire puro y buena voluntad.

— Es una feria callejera, la primera de la temporada -dice la voz en mi oreja izquierda-. La gente entabla conversación con desconocidos. Dé otro modo, ¿qué sentido tiene? Sigo creyendo que deberías volver a comprarlo, sea lo que sea.

El sol brilla con fuerza, pero no hace calor, el aire es tibio; el cielo reluce, la atmósfera está tan límpida como en un pueblecito de Minnesota; el niño de en medio, delante de mí, ha lamido sucesivamente los helados de sus amigos; nunca he visto una tarde de domingo tan hermosa.

— No es más que un chal sarnoso -digo-, no vale nada. De todas

formas, es un buen trabajo a mano, y cuesta sólo cuatro dólares, como ir al cine.

Supongo que terminaré por comprarlo.

Pero ahora no hay adónde ir. Nos quedamos plantados, mirándonos de frente, y sonreímos. No lleva gafas de sol y guiña los ojos, mirándose hacia abajo; el pelo le cae en la frente. Su rostro se vuelve atractivo cuando habla, aún más cuando sonríe; se me ocurre que debe salir fatal en foto, al menos si se empeña en ponerse serio delante de la máquina. Lleva una camisa deshilachada, de color rosa pálido, y va arremangado; los pantalones caqui le caen formando bolsas -en todo caso, pienso, no es marica. La forma de los pantalones es uno de los pocos indicios que quedan para saberlo, aunque no siempre es seguro-. También lleva zapatillas de tenis sin calcetines.

— Vuelvo contigo -dice-. No perderás a tu amiga, todo este lío no dura más que un par de manzanas, terminaréis por encontraros, salvo que decida largarse de esta zona, claro.

— No lo hará -digo-, vive aquí.

Ha empezado a abrirse camino a empujones hacia el lugar de donde veníamos y me dice, por encima del hombro:

— Yo también. Me llamo...

Estamos a jueves. Comimos fuera el domingo y el lunes; en mi apartamento, el martes. El miércoles, buffet frío de Zabar en la fiesta de un colega mío. Hoy cocina él, en su apartamento. Estamos en la cocina, charlando mientras prepara una ensalada. No ha querido aceptar la ayuda que le he ofrecido, ha llenado un vaso de vino para cada uno de nosotros, y acaba de preguntarme si tengo hermanos y hermanas, cuando suena el teléfono.

— Hombre, no -dice-, esta noche me va muy mal, de verdad. Te digo que no, esa mierda puede esperar a mañana...

Hay un prolongado silencio durante el cual me hace muecas y mueve de un lado a otro la cabeza. Finalmente, explota: -¡Oh, maldita sea! Está bien, pasa por aquí. Pero dos horas, te lo juro, si no estás listo en dos horas, al infierno con ello, tengo planes para esta noche. - ¡Este idiota! -me dice con voz quejumbrosa, disgustado y avergonzado-. ¡Ojalá desapareciera de mi vida! Es un tipo simpático para tomar con él una cerveza, pero no tiene nada que ver conmigo; juega al tenis en el mismo sitio y trabaja para la misma empresa que yo, donde siempre anda atrasado y necesitado de un curso intensivo, como en el bachillerato.

No es muy listo, y no tiene agallas. Viene a las ocho, lo mismo de siempre, un asunto que debía haber terminado hace dos semanas y ahora está aterrado. Lo siento mucho, de verdad. Pero nos meteremos en el dormitorio, y entretanto puedes ver la tele aquí.

— Prefiero irme a casa -digo.

— Nada de eso -dice él-. No te vayas a casa, eso es precisamente lo que temía. Mira, comemos, haces algo un par de horas, llamas a tu madre, lo que más te apetezca, y podemos pasarlo bien cuando se vaya, sólo serán las diez. ¿Vale?

— No suelo llamar a mi madre cuando tengo que matar un par de horas -digo-. Detesto la idea de matar un par de horas, así, sin más. Ojalá me hubiera traído algo de trabajo...

— Puedes elegir -dice- todo lo que quieras, está a tu disposición — mientras me ofrece ansiosamente su cartera, haciéndome reír.

— Está bien -digo-. Me buscaré algo para leer. Pero usaré yo el dormitorio, y no quiero que tu amigo sepa que estoy aquí. Si sigue aquí a las diez, saldré tapada con una sábana encima de una escoba, haciendo gestos lascivos.

— Genial -sonríe abiertamente-. De todas formas, meteré la tele en el dormitorio, por si te aburres. Y, después de cenar, iré corriendo al quiosco de la manzana de al lado a traerte un manojo de revistas... para que busques gestos lascivos que no se te hayan ocurrido a ti sola.

— Gracias -digo, y él me enseña los dientes.

Después de la ensalada y del filete, tomamos café en el salón, sentados en un sofá hondo, tapizado en algodón azul desvaído, ya casi gris en los brazos, deshilachado por el cordoncillo. -¿Qué le haces al café? -pregunto. -¿Hacer? -repite, perplejo-. Nada, está hecho en una filtradora, ¿no está bueno?

— Escucha -digo-, te perdono las revistas, pero bájame ese Gide con la cubierta blanca brillante, que está en el estante de arriba, a la izquierda en el salón. El lomo me llamó la atención cuando estábamos cenando. Ese hombre siempre ha sido bastante lascivo para mi gusto.

Pero, cuando baja el libro, resulta que está en francés. Y el Kafka, que se cayó cuando movió el Gide de su sitio, está en alemán.

— Qué se le va a hacer -digo-. ¿No tendrás Belinda's Heartbreak? O, mejor aún, ¿no tendrás Pasiones en una noche de tormenta?

— Lo siento -dice-, me temo que no tengo ninguno de los dos...

El tono inquieto y cauteloso de su voz me irrita aún más.

— Entonces, Guerra y paz -digo, rencorosa- en esa rara y exquisita traducción al japonés.

Deja los dos libros que tenía en la mano y me pasa un brazo por los hombros.

— Querida...

— Y -digo en una voz tan mezquina y desagradable como mis sentimientos- ¿no te parece algo prematuro llamarme querida? Nos conocemos desde hace noventa y seis horas.

Me atrae hacia él y me abraza muy fuerte.

— Mira, no sé cómo decirte cuánto lo siento. Es un chapuchero, un tonto del culo... voy a anularlo.

En cuanto se vuelve hacia el teléfono, me siento ridícula. Me aclaro la garganta, trago saliva ruidosamente y digo:

— Olvídalo. Con el periódico ya tengo para dos horas de lectura, y, si me das papel de carta, escribiré una que debo hacer en meses; será un buen estímulo para mi conciencia. Necesitaré también una pluma.

Enseña los dientes, aliviado; da unos pasos hasta un gran escritorio de roble situado al otro extremo del salón y regresa con un montón de papel fino, color crema; me da la pluma estilográfica que lleva en el bolsillo interior de la chaqueta y arrastra la televisión hasta el dormitorio.

— Espero que no te importe demasiado, en serio -dice-. No volverá a ocurrir.

No puedo adivinar con cuánta seriedad cumplirá su promesa.

Cuando suena el portero automático, ya me he instalado en su cama, con la espalda en una de las almohadas, apoyada en la pared, las rodillas levantadas y la gruesa pluma, sólida y confortable, en la mano. Oigo dos voces de hombre saludándose, pero, en cuanto empiezan a hablar con regularidad, apenas puedo distinguir las palabras.

Escribo la carta (... conocido a este hombre hace unos días, buen comienzo, muy distinto a Gerry, que últimamente está más que contento con Harriet, la recuerdas...), echo un vistazo al Times, leo mi horóscopo en el Post: Las teorías son fáciles de exponer, pero no hay que tomarlas en consideración porque todo el mundo sabe lo que son. Reservar las primeras horas para compras urgentes. Pienso que me gustaría poder entender mi horóscopo, aunque sólo sea una vez en la vida. Estiro las piernas, me arrellano en la almohada crujiente. En las horas que he pasado aquí con él he prestado poca atención a mi entorno. Ahora compruebo que no hay gran cosa que ver. Es una habitación grande, de techo alto, con el suelo cubierto de la misma alfombra gris que el recibidor y el salón. Las paredes son blancas, completamente desnudas. La cama-plataforma, con su delgado colchón de espuma, es de buen tamaño, pero parece pequeña. Las sábanas son blancas -observo que están limpias, igual que el lunes; ¿cuántas veces cambia este hombre las sábanas? la manta gris claro, no hay colcha. Las dos ventanas alargadas que se abren a la izquierda de la cama están tapadas con persianas de bambú, pintadas de blanco. A un lado de la cama, hay una silla, que ahora sostiene el receptor de televisión; la cama está flanqueada a ambos lados por mesillas de la misma madera que la plataforma. La lámpara que está encima de una de las mesillas lleva una pantalla blanca, un pie redondo, azul y blanco, de ésos que hacen con jarrones chinos, y una bombilla de 75 vatios. El grácil pie de la lámpara me agrada, pero pienso: puede que este hombre lea sus libros en idioma original en alguna parte, pero

desde luego no en la cama. ¿Por qué privarse de uno de los placeres más gratificantes? Todo lo que necesitaría es más luz, unas pocas almohadas más y una lámpara de lectura...

Me pregunto qué le habrá parecido mi dormitorio: menos de la mitad del tamaño de éste, pintado por mí misma y dos amigas en un color melocotón pálido desvaído, cuyo tono exacto sólo encontré tras casi tres meses de angustia. Valió la pena. Me pregunto qué le pareció el cobertor estampado, las cortinas, las sábanas y las fundas de almohada haciendo juego, las tres raídas alfombrillas griegas, los recuerdos de todos mis viajes desbordando la cómoda, el tocador, las estanterías; los montones de correspondencia inservible ya y revistas y libros de bolsillo desparramados por el suelo a ambos lados de la cama; los tres tazones de café vacíos y los ceniceros a tope; el recipiente para llevar comida a casa del restaurante chino vacío, pero con un tenedor dentro; la ropa sucia metida en una funda de almohada apoyada en un rincón, las fotografías de Al Pacino y Jack Nicholson arrancadas de los periódicos e insertadas en el marco del espejo de encima de la mesa, al lado de una foto Polaroid de mis padres, sonriendo abiertamente, y otra mía con un primo de cuatro años en Coney Island; una postal de los fiordos noruegos, enviada por un amigo, y otra de una capilla siciliana de la que me había enamorado hacía dos años. También las portadas enmarcadas del New Yorker, colgadas de la pared y mapas de todos los países donde he estado, con ciertas ciudades rodeadas de un círculo rojo; y mi objeto favorito: un menú manchado. con un florido marco de plata. de Lüchow-. el primer restaurante de Nueva York donde comí, hace doce años.

Pero este cuarto, me digo a mí misma, es demasiado sencillo para poder llamarlo sencillo. Es austero. si uno quiere ser caritativo, o chic, si uno quiere ser cínico. o aburrido, para ser sincero. Lo es. en ningún caso, un cuarto que pueda llamarse acogedor. ¿Nadie le ha dicho que la gente cuelga cosas de las paredes? Con el puesto que tiene podría permitirse el lujo de comprar unos grabados bonitos; y, con la cantidad que debe haber pagado por ese monstruoso Stella del salón, podría haber empapelado de oro estas paredes...

Las voces han subido de volumen. Son casi las nueve. Me levanto de la cama y paso al lado de la alta cómoda con floridos tiradores de bronce y adornos de voluta en la madera; a su lado, hay una mesa tipo Parsons, larga y estrecha, y, sobre ella, una lámpara gemela a la de la mesilla, así como ordenados montones de revistas profesionales. Y un armario. Es ancho, con dos puertas que se unen en el centro. La de la derecha cruje ruidosamente cuando la abro: me quedo paralizada, reteniendo la respiración. Pero la voz del desconocido ha aumentado de volumen hasta convertirse casi en un lamento, mientras él ronronea

todo el tiempo, suave y controlado. Me siento como un furtivo; como debe ser, me digo a mí misma, eso es precisamente lo que eres.

Al otro lado de las puertas, el armario llega hasta el techo. Hay dos estantes profundos encima del perchero. Que yo vea -sólo el borde del estante superior entra en mi campo visual-, hay maletas de cuero curtido, muy desgastadas, una funda de cámara fotográfica, botas de esquí y tres carpetas de vinilo negro con etiquetas que cruzan los lomos y dicen Impuestos. En el estante inferior hay cinco jerseys gruesos de cuello alto: dos azul oscuro, uno negro, uno blanco desteñido, uno marrón oscuro; y cuatro montones de camisas, todas ellas azul pálido, rosa pálido o blancas. (Ahora llamo a Brooks Brothers una vez al año, me dirá unos días más tarde. Me mandan las camisas y así no tengo que ir allí. Detesto los almacenes. Cuando una camisa empieza a deshilacharse por los puños o el cuello, la pone en un montón separado y la usa en casa, como no tardaré en enterarme; el empleado de la lavandería china le trae las camisas deshilachadas ya separadas de las demás. Si una camisa tiene una mancha que no sale, la tira.

Al lado de las camisas, hay dos raquetas de tenis, cuyos mangos sobresalen por el borde del estante. Seis camisas polo blancas con el cartón de la lavandería, cinco pares de pantalones cortos de tenis. (Juega los martes de 12:30 a 2:30, los jueves de 12:15 a 2, los domingos de 3 a 5, todo el año, como también llegaré a saber. Lleva las raquetas en sus fundas de origen y el resto en una bolsa de papel marrón.) Hacia la pared de la derecha, siempre en el segundo estante, hay una pila de diez fundas blancas de almohada y, a su lado, una más grande con diez sábanas blancas.

Descontando el que lleva ahora puesto en el cuarto de al lado, y posiblemente otros que estén en el tinte, posee nueve trajes. Tres de ellos — gris oscuro, azul oscuro a rayas, gris de tweed, todos con chalecos, todos de idéntico corte- son completamente nuevos. Otros tres -hilo blanco, franela gris medio, sirsaca azul y blanco, los dos primeros con chaleco y todos, otra vez, de idéntico corte- casi lo son. Uno de gabardina gris y uno de lana azul oscuro con rayas pueden tener un par de años; hay también un smoking. (Más tarde, me dirá que tiene cuatro años; nunca llegaré a vérselo puesto.

En cierta ocasión, mencionará que todos sus trajes se los hace el mismo sastre en el barrio de la Pequeña Italia desde hace once años, y que no ha ido a probarse los trajes de este año, ni los del pasado, encantado de haber convencido al sastre protestón de que no hacía ninguna falta. ccDe pronto me di cuenta, ¿por qué ir todos los años? Es una lata, peso lo mismo desde que terminé el bachillerato, y hace mucho que he dejado de crecer. Cuando un traje presenta alguna señal de desgaste, lo regala al chino que le lava la ropa... aunque no la lleva

al tinte. Pero mide por lo menos dos pies menos que tú, le diré cuando disponga así del traje gris de gabardina. ¡Qué va a hacer con un traje tuyo? ¿Quién sabe?, dice. Nunca se lo pregunto. Siempre los acepta.) Posee dos pares de pantalones de esquí azul oscuro, y dos pares de pantalones caqui, uno de ellos con manchas de pintura. (Traté de pintar el cuarto de baño hace un par de años: grave error. Hago muy mal todo aquello que hago simplemente porque creo que debo hacerlo. Nunca vale la pena; la pintura de ese cuarto de baño fue la peor chapuza que puedas imaginarte.) Hay una gabardina beige colgada al lado de un abrigo de lana oscura, y una chaqueta de esquí, rellena de plumón, ocupa un buen espacio en un extremo del perchero. En el rincón izquierdo, hay un paraguas negro doblado. Apoyados en diagonal, en la pared del fondo, un par de esquís con sus palos. Colgadas de una barra de bronce, en la hoja interior de la puerta izquierda, hay una docena de corbatas, tan parecidas que, si cierro un poco los ojos, parecen sacadas de una sola pieza de tela. En su mayor parte, son de color gris y azul oscuro, con pequeños dibujos geométricos de color castaño oscuro; dos de ellas son azul oscuro con pequeños puntos blancos, la más atrevida es gris, con discretos dibujos en blanco y castaño oscuro. (No me gusta la variedad en lo que se refiere a la ropa, me dirá. A mi propia ropa, por supuesto. Me gusta saber que tengo más o menos el mismo aspecto todos los días.) Alineados en el suelo, tres pares de zapatillas de lona, cuatro pares de zapatos negros, de punta ancha, idénticos, un par de mocasines lisos, color sangre de buey.

Cierro las puertas y ando de puntillas hasta el escritorio arrimado a la pared que separa el dormitorio del salón. Tiene seis cajones: tres poco profundos, dos intermedios, el de abajo profundo. Empiezo por arriba. Una pila de pañuelos blancos con iniciales, un reloj de pulsera sin correa, un viejo reloj de bolsillo, una corbata de pajarita de seda negra, con un pliegue, y -metido en la tapa vuelta de lo que pudo ser un tarro de mermelada- un juego de sencillos gemelos de oro, un sujetador de corbata estrecho, también de oro, y uno de esmalte azul oscuro con una estrecha línea de oro que lo recorre de lado a lado. Alguien se lo ha dado, pienso, es claramente un regalo, y además bonito. Cajón siguiente: dos pares de guantes de cuero negro, uno forrado, el otro no; un par marrón, no forrado; manoplas de esquí, grandes y acampanadas; una faja de smoking.

Tercer cajón: traje de baño azul marino, un suspensorio, un pijama -azul marino con cordoncillo blanco -aún envuelto en el plástico del fabricante. ¿Otro regalo? No, todavía lleva la etiqueta con el precio. El siguiente cajón, primero de los de tamaño intermedio, está lleno de calzoncillos blancos, no menos de dos docenas. Debajo, guarda catorce pares de calcetines blancos de lana y una camisa con

pechera metida en celofán. El cajón grande está atascado y tengo que tirar varias veces de él. Cuando finalmente consigo abrirlo, me quedo de una pieza: rebosante hasta atascarse, el cajón está repleto de lo que parece un millar de calcetines largos, todos negros e idénticos. Medito: este hombre tiene más calcetines que todos los demás hombres que haya conocido juntos; ¿qué teme? ¿Qué cierren de la noche a la mañana todas las fábricas textiles del país? (Detesto ir a la lavandería, me dirá unas semanas más tarde. Es sencillo cuando se te ocurre, pero me costó bastante tiempo imaginarlo. Cuantas más cosas guardas a mano, menos veces tienes que ir a la lavandería o a la tienda. Le observaré desde la cama, con el cuerpo líquido, flotando: saca dos calcetines, mete la mano en uno de ellos -la piel se ve a través del tejido del talón, aunque de momento no hay señal de agujero- y tira el calcetín a la papelera. Y también es mejor que sean todos iguales, me dirá. Así nunca tienes que emparejarlos. Hasta que me gradué, siempre anduve preocupado por esas tonterías. Es más molesto que un grano en el culo.) Cierro el cajón, salto a la cama, me tumbo boca arriba, hago la bicicleta con las piernas al aire. Estoy fuera de mí. Enamorándome de un almacenista de calcetines, un acumulador de calcetines, un guardacalcetines... No puedo evitar gruñir y resoplar para contener las carcajadas, aunque la voz del tonto de su amigo se oye fuerte y penetrante.

Probablemente podría gritar ¡Fuego!, sin que nadie me oyera.

Son las diez menos cuarto. Al fin recupero la calma, cruzo los brazos por debajo de la cabeza. Miro el techo de la habitación y sigo en él la forma que proyecta la lámpara de la mesilla. Si te viera tu madre... hurgando en las cosas de otra persona, no hay nada peor. En realidad, no he hurgado, me digo a mí misma, contrita pero incapaz de evitar una fea sonrisa: no he tocado nada. Pero ¡Dios le libre de husmear en mi armario! Anteanoche, suponiendo, acertadamente, que no tardaríamos en meternos en el dormitorio, cerré subrepticamente la puerta corredera del armario mientras él se guía bebiendo café en el salón. ¡Qué confusión. Qué lío sería registrar toda una década de modas cambiantes, siempre acumuladas y contiguas a lo que se lleva este año. Hace un mes, buscando un vestido que, más tarde, supe se había perdido en el tinte, encontré una minifalda abandonada; presa de espanto, la tiré, pero después la recogí y la colgué de nuevo; lo había pasado bien con ella; ¡qué emoción la de las primeras veces! Y la desgastada gabardina con el forro escocés, de cuando estaba en segundo, y los pantalones anchos comprados en las rebajas de Bonwit porque eran de fina lana a cuadros, aunque no sólo resultó que me quedaron cortos ese mismo otoño, sin casi dobladillo para alargarlos, sino que era casi imposible llevarlos con cualquier otra prenda; pero no me animo a deshacerme de ellos, porque fueron una ganga y están

muy bien hechos. Montones de ropa vieja, cosas sueltas en el fondo de mi armario.. Zapatos puntiagudos con tira en el talón que podría llevar, en un aprieto, bajo una falda larga; el desgarrado gorro de goma para la lluvia que sólo me pongo una vez al año, cuando diluvia y tengo que salir a comprar cigarrillos; el bolso de Gucci que no he sacado del armario desde hace años, pero que tanto me emocionó cuando lo compré por el sueldo de casi dos semanas, encantada de haber alcanzado la cima de lo que entonces consideraba elegancia neoyorquina; cinturones caídos de sus ganchos, botitas rojas, pequeñas. que hace mucho dejó allí el niño de la fotografía del espejo; la camiseta de fútbol que perteneció a un amante olvidado y que ahora me pongo cuando limpio la casa...

Y qué has aprendido con todo eso, me pregunto; qué has conseguido, aparte de ser una cotilla. Bueno, es ordenado, me digo. Juega al tenis, esquía, nada. No sabe lo que es una lavandería automática. ¿Es normal que un hombre de su edad y profesión tenga diez camisas blancas, ocho rosadas y once azules? No tengo la menor idea. Aunque, recuerdo, es más o menos de mi misma edad; ¿he tenido yo alguna vez tanto de algo?. De una cosa estoy segura: nunca he estado con un hombre que tuviera una idea tan limitada del espectro de colores. Nada púrpura, fucsia, turquesa, naranja...

Vale; pero ¿nada marrón? ¿Nada verde, nada amarillo. nada rojo? Esas diminutas cosas castaño oscuro de las corbatas no cuentan. Todo es azul o gris o blanco o negro, menos esas camisas rosadas, claro.

Te estás enrollando, me digo, con un hombre poco común. Olvidemos la ropa que tiene. pero ¿y la ropa que no tiene? Escribo una lista en papel de carta grueso. Su pluma impone a mi letra, generalmente pequeña y con espacios estrechos, una inclinación y una anchura a las que no estoy acostumbrada. No hay albornoz. escribo... ¿y qué? Un solo pijama, aún empaquetado. Tal vez para tenerlo a mano en caso de que haya que internarse a toda prisa en un hospital, comprado con el mismo espíritu de las madres que nos dicen que no nos fiemos de los imperdibles en la ropa interior... Ni bufanda ni sombrero; probablemente inmune a los resfriados de cabeza. Pero ¿por qué no tiene este hombre ni un par de vaqueros? ¿Conozco a alguien - una sola persona- que no tenga al menos un par, aunque no se los ponga, sólo un último par, resto de los años sesenta? Tampoco jerseys de cuello alto. ¡Ni cazadora de cuero. ni chaqueta azul, ni una sola, solitaria pobre o pequeña camiseta! ¿Dónde están los pantalones de pana que suelen llevar los hombres, dónde las sandalias, las chaquetas de sport, los pantalones de lana a cuadros?

Estudio mi lista.

— Está bien -su voz optimista ha aumentado de volumen en el otro cuarto-. No importa, me alegro de haberlo hecho, también me

alegro de haber terminado. Mañana nos vemos, tranquilízate, no tienes por qué preocuparte...

Bajo rápidamente las piernas de la cama me siento erguida, doblo la hoja de papel, la meto en el bolso, que está en el suelo, al lado de la cama.

La puerta de entrada se cierra ruidosamente, ya está en la puerta del dormitorio, sonriendo:

— Hecho, terminado, ya se ha ido. Es hora de celebrarlo, querida. Más simpática no has podido estar con este lío, es hora de beber un poco de vino..

Poco antes de media noche, nos tumbamos en su cama. Resulta que para empezar no hemos bebido vino, sino que hemos hecho el amor; apresuradamente y casi del todo vestidos; nos hemos duchado juntos y le he dicho que es mi primera ducha en diez años, que me gusta mucho más el baño. Envueltos en toallas, hemos comido tres grandes pedazos de pastel de moras que habían sobrado de la cena y hemos terminado una botella de Chablis. Estoy recostada boca arriba, mirando al techo, con los brazos debajo de la cabeza. El está tumbado cuan largo es, boca abajo. Su brazo derecho sujeta la cabeza y el izquierdo está extendido, ligero, sobre mis pechos. Cuando voy por la mitad de la relación estadística que me ha pedido -hermanos y hermanas, padres y abuelos, lugar de nacimiento, colegios, empleos- me detengo y cierro los ojos... Por favor, pienso, sin poder articular los pensamientos, incapaz de volverme hacia él y hacer un movimiento inicial, por favor...

— Quiero enseñarte algo -dice, rompiendo el silencio. Sale de la habitación, regresa con el espejo para afeitarse, me da una bofetada, y se sienta en el borde de la cama. Mi cabeza ha caído de lado sobre la almohada.

Me coge firmemente por el pelo y me obliga a girarme hasta mirarle. Levanta el espejo para que pueda verme y observamos juntos la marca simétrica que se dibuja en mi mejilla. Me miro fijamente, hipnotizada. No reconozco esa cara; está en blanco, un lienzo donde pintar cuatro manchas, como pintura de guerra roja. Las sigue dulcemente con los dedos.

Al día siguiente, en un almuerzo de negocios con un cliente, pierdo el hilo de mis pensamientos a media frase cuando la imagen reflejada en el espejo de anoche emerge en mi cerebro. Me inunda un deseo tan intenso que siento náuseas. Aparto el plato y escondo las manos bajo la servilleta.

Cuando pienso que aún faltan cuatro horas para verle, me dan ganas de llorar.

Así ocurrió, paso a paso. Y, como nos veíamos cada dos noches, como cada experiencia nueva era de por sí poco espectacular, como

hacia el amor muy, muy bien, como al poco tiempo estaba loca por él, sobre todo físicamente, resulta que me vi envuelta, en el simple transcurso de un par de semanas, en una aventura que la gente que conozco juzgaría patológica.

Nunca se me ocurrió catalogar aquello de patológico. Nunca llamé nada de aquello. No se lo conté a nadie. A distancia, me parece increíble haber sido yo quien pasó por aquel período. Sólo me atrevo a mirar atrás, hacia aquellas semanas, como quien observa un fenómeno aislado, ya sumido en el pasado: un fragmento de mi vida, irreal como un sueño, carente de otro significado.

— No es muy habitual que un hombre tenga gatos -digo-. ¿No es cierto?

Estamos viendo en la televisión un programa informativo: un rostro querido y familiar, catalogado para siempre, bajo la adecuada máscara de preocupación superficial, en el prototipo tranquilizador del benévolo digno de confianza... Un terremoto lejano; la amenaza, menos lejana, de otra huelga de transportes; la Bolsa ha subido dos puntos. -¿Estás de broma? -dice con voz cansina-. ¡Qué me vas a contar! Los perros son otra cosa. No conozco a un solo hombre, quiero decir a un hombre soltero, que tenga un gato.

— Hum -digo.

— En mi opinión -añade-, los gatos son para niñas y viejecitas. O granjas, o algo así.

— Bueno -digo-, entonces por qué...

— No son más que un incordio -interrumpe.

— Al menos éstos no pierden mucho pelo -sugiero, sin gran convicción.

Y finalmente digo: Nadie te obliga a tener gatos.

— Muy graciosa -dice-. Graciosísima, si me lo permites. No tienes la menor idea...

Hay tres gatos en su apartamento, los tres muy caseros. Le prestan tan poca atención como él a ellos. Aunque les proporciona comida y agua y les cambia diariamente la arena, le parece lo más normal; al igual que a ellos les parece normal la presencia regular de estas comodidades. No hay entre ellos intercambio perceptible de afecto, salvo si se interpreta como afecto el lento recorrido de un gato sobre su cuerpo tumbado y su callada tolerancia de este comportamiento; interpretación hartamente cuestionable, en el mejor de los casos, si se tiene en cuenta que estos encuentros no provocan el menor cambio de expresión ni en el hombre ni en el gato.

Está sentado en el sofá. Estoy sentada en el suelo, sobre dos almohadas, entre sus pantorrillas, la cabeza apoyada en el sofá, el cuello y los hombros en el borde. Juega con mi pelo, cogiendo mechones y enrollándolos uno a uno en cada dedo, hundiendo cuatro

dedos en el cabello, estirando dulcemente, frotando sucesivamente pequeñas áreas del cuero cabelludo y pasándome lentamente las manos por la cabeza, una y otra vez.

El locutor nos da las buenas noches; vemos a continuación las noticias deportivas y, más tarde, un programa donde no se ven más que policías persiguiendo coches y accidentes de coche. Las imágenes reiterativas (ha quitado el sonido al terminar las noticias) son un acompañamiento sosegado y extrañamente adecuado para la historia de los gatos, que me explica con todo detalle.

El primero entró en su vida con una mujer que vivió con él un corto período de tiempo, hace cuatro años. Acababa de traer el gato a su apartamento cuando le ofrecieron a ella un puesto bien pagado en Zurich y decidió marcharse a vivir al extranjero. El gato se quedó... con él. Durante unos meses, se consideró provisionalmente responsable del animal, que pareció sentirse en casa desde el primer momento: sarnoso, sucio, con casi toda la cola pelada y una variedad de colores ambiguos, tan amplia como la de esa tela que tan popular ha sido en estos últimos inviernos, esa materia enigmáticamente calificada de pelo de mentira, que imita el concepto y la manufactura, aunque no el aspecto, de un edredón americano antiguo.

Primero trató, con gran energía, de buscarle otra casa. Pero pronto se vio obligado a admitir que a sus conocidos (algunos de los cuales hubieran aceptado una cría, y otros sucumbido a la tentación de un siamés) les resultaba muy difícil disimular durante sus incómodas visitas lo mucho que les repugnaba la idea de tener aquel gato en concreto en sus atractivos y pulcramente decorados apartamentos de Manhattan. Llegó incluso a poner un anuncio en el Times. A pesar de que daba el teléfono de su casa y el de la oficina, a pesar de que el anuncio salió cinco días seguidos, no recibió una sola llamada. De vez en cuando, a medida que pasaban los meses, pensaba en llevar al gato a un refugio de animales. Pero decidía aplazar la decisión, al menos de momento. Pensaba que siempre tendría oportunidad de hacerlo; mientras tanto podía surgir una mejor solución.

Un año más tarde, tuvo en casa a una sobrina de once años, que había venido a Nueva York para participar en un concurso de ortografía en el que no se clasificó. En agradecimiento por la amabilidad con que había enseñado la ciudad a la niña, su madre -su hermana- le regaló un segundo gato, al parecer de una forma que anulaba toda posibilidad de rechazo.

— Sólo era una cría, y su aspecto no era mucho mejor que el del otro.

Los primeros días se encontraba desplazado, y el otro no ayudaba nada, gruñendo todo el tiempo como si hubiera metido una boa en

casa. No sé cómo lo harían, pero al poco tiempo ya se soportaban.

Después, una noche, cerca de casa, veo a unos chavales en una calleja. Se largan, pero se les nota a la legua que disimulan. Así que voy a ver, como un idiota, y me lo encuentro en el suelo, qué quieres que te diga, en muy malas condiciones. Subo a casa como cualquier hombre sensato hubiera hecho, me preparo algo de beber y me pongo a leer el periódico, pensando que en una hora ya se habrá muerto. Y una hora después, me digo: Tienes tanta necesidad de otro gato como de un agujero en la cabeza.

Y pienso que, puestos a hacer algo por él, habría que matarlo, no recogerlo, está demasiado mal. Me hago unos huevos; como una ensalada; tomo el café; me digo que saldré a dar un paseo después de las noticias de las once. Pues sí, ahí seguía, aunque alguien lo había empujado hasta los cubos de basura. Así que saco un periódico de la basura y lo subo aquí y, a la mañana siguiente, me pregunto si soy una enfermera y lo llevo al veterinario donde habían castrado a los otros dos; cuando paso a recogerlo, seis días después, tenía mucho mejor aspecto. Ya podía llevármelo por \$68,80. Y, cada vez que salgo de la ciudad, mi asistenta tiene que venir nada menos que desde Queens; pero, a veces, no puede. Ninguno de mis amigos tiene el buen sentido de vivir por aquí y no puedo pedirle a nadie que, por nada, venga desde Central Park Oeste, de la calle Ochenta, o de la Sesenta y Cinco con York, o de las desoladas Brooklyn Hights. Ni siquiera Andy, que vive en la Treinta con Park, está precisamente a un paseo de cinco minutos. Y el chaval del apartamento al otro lado del pasillo ha tenido que irse a la Universidad de Michigan. ¡Estado de Michigan, Dios mío! Eliminado. Así que no me queda más remedio que establecer una rotación entre los vecinos, y detesto pedir favores a gentes que preferiría no ver.

— No pierden mucho pelo -digo, por segunda vez.

— Menudo consuelo -responde él.

Acudía todos los días a mi trabajo, como una buena mujer de negocios, apreciada por mis amigos, bien considerada por mis superiores. A las cinco en punto de la tarde, ordenaba mi escritorio, intercambiaba amabilidades con mis colegas bajando en el ascensor, y me iba a casa... a su apartamento. Sólo iba al mío a coger ropa y, más tarde, una vez por semana, a recoger el correo. Por las mañanas, tomábamos la misma línea de metro para ir al trabajo, compartiendo el Times: él, un hombre bien afeitado, con su traje de negocios a rayas, y su cartera... bonitos dientes, sonrisa encantadora; yo, con mi propia cartera, mi bolso de verano, tacones, los labios pintados y el pelo recién lavado. Una pareja atractiva, bien educada, de la ciudad de Nueva York, normal, clase media, civilizada.

— Arriba, arriba, ya es hora de levantarse -grita desde el umbral

de la puerta. Sostiene una desgastada bandeja metálica de cama con un plato de huevos revueltos, tres bollos ingleses tostados, una tetera, una taza. En un pequeño cuenco de madera para ensalada, hay una naranja pelada y cortada. Sonríe ampliamente por encima de la bandeja. -¿Qué prisa hay, demonios? -digo-. Son las nueve y media, por favor...

Apoyo las dos almohadas a mi espalda contra la pared, me siento, aliso la manta sobre las piernas. -¡Y es sábado!

Pone la bandeja en la cama y seca unas pocas gotas de té derramado con el rollo de servilletas de papel que traía bajo el brazo izquierdo.

— Es sábado -repito-. Espero que no pretendas ir a ningún sitio, no quiero ver un alma. Quiero quedarme donde estoy y dormir hasta mediodía, y el resto del día no quiero hacer otra cosa que llamar a mi hermana y leer la Guía de televisión de la semana que viene.

— Parece muy interesante -dice-. Puedes hacerlo cuando volvamos.

Tengo que ir a Bloomingdale's.

— Lo que tienes que hacer es jugar en pista cubierta -digo-. Se ve que has tomado demasiado sol. No tengo la menor intención de ir a Bloomingdale's en un sábado.

— No es más que media hora. Te lo juro. Una hora y media, todo comprendido. Media hora para ir, media hora allí y media para volver.

Cuanto antes te calles y comas, antes terminaremos. A las once y media, puedes estar otra vez en la cama.

Cuando hemos recorrido media manzana, digo:

— Por casualidad, ¿no tendrás intención de ir en metro?

Asiente, inexpresivo.

— De ninguna manera -digo-. Tengo que montar en esa cosa dos veces al día toda la semana. Durante el fin de semana no pienso poner los pies en eso.

Tomamos un taxi en la esquina. Bloomingdale's está repleto.

— Siempre creí que toda esta gente estaba en Hamptons en esta época del año -digo en voz bien alta-. ¿Es que todos vuelven todos los sábados para amontonarse?

— Media hora, te lo prometo -dice.

— Está bien -digo-, tú eres el que detestas los almacenes, a mí me gustan los almacenes, y además sé cuándo hay que ir a un almacén.

— Escucha, querida -dice-, cierra el pico. si no te importa, te lo estoy pidiendo correctamente. Estoy siendo muy paciente bajo mi vulgar cinismo, pero no falta mucho para que te ate al mostrador de maquillaje de caballeros. donde terminarás comprándote un montón de bronceador Braggi y aburriéndote como una mona hasta que yo

vuelva.

La imagen me hace reír como una tonta. -¿Qué buscas? -digo-. Estamos en la quinta planta.

— Una cama -dice él. -¡Una cama! -exclamo-. Tu cama está en perfectas condiciones.

— Es una gran cama -dice. -¿Y?

— Es una gran cama para una sola persona.

Me conduce entre opulentos muebles de comedor. Hay un conjunto especialmente espectacular: pequeños y penetrantes reflectores iluminan una mesa con tablero de cristal negro y patas cromadas, como Dios manda; servilletas negras metidas en espiral en anillas de cristal negro, vasos negros al lado de cuencos negros.

— Es para servir caviar sobre filete carbonizado -me susurra al oído, en tono de apuntador, en el momento en que estamos a punto de tropezar con una trascendental exposición de incontables elementos para sofás, que ocupan más superficie que todo mi apartamento.

— Raso blanco -digo-. ¡Dios mío! Una partícula de ceniza, un pelo de gato, ¡y todo al demonio!, un gasto inútil.

— Los clientes de Bloomingdale's son gente muy limpia -dice gravemente-. Para ti puede que sea un misterio, pero es muy simple.

Guardamos a los animalitos en el retrete y sólo fumamos en los armarios... ...he oído decir que te vas de vacaciones el lunes -comenta detrás nuestro una voz de mujer.

— Sí -responde una voz de hombre. -¿ Adónde vas?

Miro por encima del hombro. Una mujer pelirroja, elegantemente vestida y con un talonario en la mano, habla con un hombre vestido con un traje Cardin, que también lleva un talonario.

— A la ciudad de Nueva York -dice él, y su tono orgullosamente burlón hace reír a ambos.

— Un hombre inteligente -dice ella, apartándose-. El mejor sitio para...

— Vamos -digo.

Los enormes sofás estaban allí por casualidad, ahora estamos otra vez rodeados de muebles de comedor.

— No soy tan grande; si me lo hubieras dicho, me habría quedado más en mi lado.

— No es el tamaño -dice.

— Entonces ¿qué es? -persisto.

Se detiene ante una falsa habitación, donde un escritorio laqueado en negro nos hace frente desde un ángulo. Sobre su inmaculada y reluciente superficie, hay una lámpara con un pie gigantesco, seis jarras de cerámica de diversos tamaños, un jarrón estrecho con ocho espléndidos tulipanes, una pila de enormes álbumes de fotografía, una colección de revistas extranjeras, artísticamente

dispuestas, y un libro de direcciones forrado en seda con finos dibujos.

— Esto sí que me gusta -musita-. Un verdadero escritorio para trabajar.

Te arremangas y tienes a tu completa disposición una superficie no menor de dos pulgadas cuadradas para dedicarte a tus asuntos.

— Menos desprecios -le digo-. Nadie te ha obligado a venir, y a mí se me hace la boca agua sólo con ver ese libro de direcciones. Esa es la función de todos estos trastos. Y funciona.

Sonríe y me pasa un brazo por la cintura.

Después, vienen los dormitorios. El primero tiene el suelo cubierto de un barniz oscuro, el siguiente un parquet claro, el tercero baldosas rojas; hay una cama con un cabezal que parece la puerta de un establo y que sostiene un dosel tapizado haciendo juego con una especie de raso que se derrama sobre el suelo a ambos lados. Inexplicablemente, sobre la colcha, un poco descentrada, hay una gran planta metida en un tiesto aún más grande y decorativo. Veo una cama flanqueada por cuatro gruesas columnas salomónicas. Seis pequeños almohadones, estampados en colores diferentes pero armónicos, se mantienen ordenadamente erguidos y apoyados en las almohadas que, probablemente, están bajo el lujoso bulto de la colcha.

— Eso es lo que necesitas -digo-. ¿Ese montón de almohadas de juguete?

— Unas cuatro, grandes y gordas. Las dos que tienes, flacas y roñosas, son incomodísimas, no hay forma de apoyarse a gusto en ellas. -¿Para qué quieres apoyarte en la cama? -dice.

— Para cuando me traigas el desayuno, como esta mañana por ejemplo.

Muchas veces. Es maravilloso ver la tele o leer en la cama.

— La verdad es que nunca lo hago -dice lentamente, haciéndome reír.

Pasamos al lado de una cama de acero y bronce, largueros grises, grandes bulbos amarillos en las esquinas. La siguiente es toda de bronce: maciza y al mismo tiempo cursi hasta lo imposible, la cama más adornada que he visto en mi vida. Me detengo a contemplarla. De un hinchado edredón, bordado con una explosión de estrellas rosas y blancas, cae en cascada hasta el suelo un bordado de ojete. Hay una mesa redonda, cubierta como la cama, la falda con las mismas cuatro capas de espumosos volantes.

En ángulo recto, reposa una majestuosa chaise-longue, enmarcada en madera blanca con bordes dorados. -¿Te gusta ésta? -pregunta.

— Como un decorado -respondo-, hecho a medida para una Judy Garland de dieciséis años con el corazón destrozado.

— Me refiero a la cama.

Observo cuidadosamente la brillante explosión de fantasía que tengo delante.

— Dentro de lo chillón, no es tan fea -digo. -El cabezal y el pie parecen la entrada a un cuento de hadas; sólo faltan unos pájaros con el resto de las volutas, y una o dos cabezas de monstruo.

Llama a la mujer pelirroja que antes deseó unas felices vacaciones al vendedor pálido. -¿Cuándo podrán mandarme esta cama?

Me sofoco. El me oprime el brazo. -¿Precisamente ésta, señor? -sonríe con firmeza, primero a él y después a mí-. Tengo que comprobarlo, siéntense un momento, por favor, mi escritorio está ahí al lado.

— Te has vuelto loco -susurro-. La cara roja y el cerebro estropeado, y todo por salir al aire libre unos cuantos días...

Me observa; no sonrío. -¿Te imaginas el aspecto que va a tener este prodigio barroco en ese dormitorio tuyo que parece el gimnasio de un convento de frailes?

La vendedora ha colgado el teléfono.

— No hay ningún problema, señor; están a punto de cambiar la exposición. Dígame dónde quiere que le envíe la cama y le diré en qué zona de entrega está su casa y qué días de la semana pasan por ahí nuestros empleados.

— Tengo que comprobar algo -dice él, cuando la dependienta ha apuntado ya su dirección.

La dependienta y yo lo seguimos hasta el decorado de teatro. Está acordonado por una cadena de grandes eslabones de plástico. -¿Podemos entrar? -pregunta, y al momento los tres nos encontramos al pie de la cama.

— Es una de nuestras más...

La interrumpe:

— Me temo que mi amiga tendrá que tumbarse antes de que tome una decisión -su voz es impecablemente cortés-. Espero que no le importe. -Y a mí-. Sería mejor que te quitaras los zapatos.

Todo el mundo prueba los colchones de los almacenes tumbándose en ellos, me digo, pero, por alguna razón, siento que la sangre me inunda el cuello y la cara. Me quito las sandalias, me siento en la cama, levanto las piernas y bajo la espalda hasta la colcha-edredón de estrellas.

— Túmbate en el medio -me dice.

Sigo con la vista los brillantes remolinos a mis pies y me desplazo cuidadosamente, cargando todo el peso posible sobre las manos y los talones para no arrugar el edredón.

— Estira los brazos por encima de la cabeza y sujétate con las manos al cabezal -dice.

Pienso que es sábado, que estamos en Bloomingdale's; ¿dónde se

habrá ido todo el mundo? Este lugar parece la morgue. Podría saltar de la cama, brincar por encima de la cadena, correr a la escalera mecánica, meterme en un cine...

— Vamos, querida -dice él, con voz neutra-. No tenemos todo el día.

El bronce está helado bajo mis manos. Cierro los ojos.

— Abre las piernas.

— Su zona de entrega es el jueves.

— Abre las piernas.

— Le alegrará saber que tendrá esta cama el jueves que viene.

— Abre las piernas.

— Nuestros transportistas hacen su zona el jueves y el viernes, pero me aseguraré personalmente de que la entrega se haga el mismo jueves.

Hago lo que me dice.

Me abrocho las sandalias, procurando no mirar a una pareja cogida de la mano al otro lado de la cadena. -¿ Tienen colchones?

La vendedora se aclara la garganta, y su voz es de nuevo suave.

— Es en la planta cuarta, pero también les puedo vender un colchón y un somier de ese piso. -¿Le importaría elegir un colchón duro y un somier de muelles y hacer que nos lo manden todo al mismo tiempo?

— Pero, señor, usted querrá elegir...

— No quiero -dice él.

— Quizás un Posturopedic..

— Perfecto.

— Pero ¿ qué tipo de terliz...?

— Me haría usted un gran favor si eligiera el tipo que más le guste -dice, y sonrío a la vendedora aquel hombre alto con zapatos de tenis y viejos pantalones caqui, una camisa blanca de tenis, la nariz pelada, la piel más roja que bronceada en brazos, garganta y cara.

— Sí, muy bien -dice ella, devolviéndole la sonrisa.

— Y cuatro almohadas gordas -dice él. -¿Pluma de ganso o Dacron? Necesitaría saber el tamaño...

— Simplemente almohadas -dice él.

Camino de casa, ninguno de los dos abre la boca.

Unos días más tarde, al pasar por mi apartamento, encuentro una caja de Bloomingdale's que contiene un libro de direcciones forrado en seda.

Vamos de compras; supermercado, tienda de licores, tintorería, droguería. Es un hermoso sábado, una semana después de nuestra expedición a Bloomingdale's (la cama llegó el jueves, como nos habían prometido), a principios de junio. Pasamos un largo rato delante del mostrador de pasta de dientes; él recita dramáticamente los

competitivos anuncios de la televisión... Gana BETTER CHECKUPS. Pienso que en mi vida he estado tan enamorada. Por dos veces he preguntado en voz alta: -¿Cómo puedo ser tan feliz?

Las dos veces me ha mirado, con una son risa deliciosa, y ha cambiado las bolsas de la compra a una sola mano para poder pasarme la otra por los hombros.

Estamos los dos sobrecargados de paquetes cuando dice:

— Necesito algo más.

Llama a un taxi. Terminamos en Brooklyn. en una pequeña y oscura tienda de artículos de caza. Hay dos dependientes, uno digno y entrado en años, el otro adolescente. Somos los únicos clientes. Están colocando etiquetas con el precio a chalecos aislantes, de esos que se llevan debajo del anorak.

Dejo mis paquetes en una silla, doy unos pasos, me aburro, me siento en el borde de un viejo escritorio de caoba, cojo y hojeo un New Yorker de hace tres años, que tiene un aspecto milagrosa y perfectamente nuevo.

— Supongo que éste irá bien -dice.

Miro hacia el mostrador y él me está mirando. Tiene una fusta en la mano.

— Me gustaría probarla.

Siento un extraño cambio de situación: de un segundo a otro, me he desorientado, estoy en territorio extraño, en un país extranjero. En dos o tres zancadas, llega hasta donde estoy medio sentada en el escritorio, con un pie en el suelo y el otro meciéndose en el aire. Me levanta la falda por la pierna izquierda, que está apoyada en el escritorio, da un paso atrás y me golpea en la cara interior del muslo. El dolor cortante es parte inseparable de una ola de excitación que me corta el aliento, el habla y la capacidad de moverme; hasta la última célula de mi cuerpo se inunda de deseo. La pequeña y polvorienta habitación está en completo silencio. Los dependientes se han quedado helados detrás del mostrador. Me alisa lentamente la falda y se vuelve hacia el mayor de los dos, que viste traje y tiene aún aspecto de contable, aunque un rubor profundo se extiende desde el cuello de su camisa hacia arriba.

— Este vale. ¿QUE ME HACIA EL?

Me alimentaba. Compraba toda la comida, cocinaba, lavaba todos los platos.

Me vestía por las mañanas, me desnudaba por las noches y llevaba mi ropa con la suya a la lavandería. Una noche, al quitarme los zapatos, decidió que necesitaban suelas nuevas y, al día siguiente, los llevó al zapatero.

Me leía incesantemente periódicos, revistas, novelas policíacas, cuentos de Katherine Mansfield y mi propio archivo cuando lo llevaba

a casa para poner al día trabajos atrasados.

Cada tres días me lavaba el pelo. Lo secaba con mi secador de mano, y sólo las dos primeras veces lo hizo con torpeza. Un día, compró un cepillo de pelo de Kent of London, escandalosamente caro, y esa noche me pegó con él.

Los cardenales que dejó duraron mucho más que cualesquiera otros. Pero lo usaba todas las noches para cepillarme el pelo. Ni antes ni después me han cepillado el pelo tan concienzudamente, tan largos ratos, con tanto amor.

Brillaba.

Me compraba tampones, me los insertaba y los sacaba. La primera vez, al verme estupefacta, dijo:

— Yo te como mientras tienes la menstruación, y a los dos nos gusta. No es distinto.

Me preparaba el baño todas las noches, experimentando con variados gels, cristales y aceites, deleitándose como un adolescente en comprarme una gran variedad de productos de baño, aunque él se atenía estrictamente a su rutina de ducha, jabón Ivory y Concentrado Prell. Nunca se me ocurrió preguntarme qué pensaría su asistente del látigo que quedaba en el mostrador de la cocina, de las esposas colgadas del tirador de la puerta del comedor, del sinuoso montón de cadenas estrechas y plateadas enroscadas en un rincón del dormitorio. Sí me pregunté, sin darle mayor importancia, qué pensaría de tan repentina proliferación de frascos y botellas, nueve champús apenas usados ocupando todo el armario de las medicinas, once sales de baño distintas alineadas en el borde de la bañera.

Todas las noches me desmaquillaba. Aunque llegue a los cien años, jamás olvidaré lo que sentía, sentada en una butaca, los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás mientras la dulce presión de una bola de algodón empapada en loción se desplazaba por mi frente, por mis mejillas, demorándose largamente sobre mis párpados...
¿QUE LE HACIA YO?

Nada.

Llega a casa irritado. Uno de sus compañeros de tenis le ha dicho que Tender Vittles es una basura, que pudre a los gatos por dentro como se pudriría un ser humano si no comiera más que Rice Crispies y bombones de merengue.

— Pelo reluciente, dice Andy, el experto. En su vida ha tenido un gato, todo lo que sabe lo ha aprendido de esa mujer de la que lleva cinco años separándose, porque una vez tuvo un birmano. Comprendo que se note que a un gato negro deje de brillarle el pelo repentinamente. ¿Pero éstos? Crecen, engordan, están menos destartalados, pero su pelo, por el amor de Dios, su pelo tiene el mismo aspecto que siempre ha tenido. Me pregunta si mis gatos tienen

el pelo reluciente. ¿Cómo demonios voy a saberlo?

Esta noche vacía tres latas de atún en los cuencos de los gatos. A la mañana siguiente ya vestido para ir al trabajo, prepara y dispone tres combinaciones a base de cinco huevos batidos: una tercera parte derramada sobre un montón de atún, otra tercera parte sola en un cuenco, una tercera parte revuelta con leche, en otro cuenco. A las seis y media de la tarde, va directamente a la cocina, desenvuelve una libra de carne picada y la pone en un plato. Tiene pocas fuentes y se le han acabado los cuencos.

Los gatos han decidido ayunar. Ni uno solo de ellos ha probado un bocado del nuevo alimento. Ninguno se ha dignado olfatear los diversos cacharros que obstruyen el suelo de la cocina, o al menos no les han prestado más atención que la que otorgan a un paquete de cigarrillos vacío que se interpone en su camino. A las nueve en punto, entra de nuevo en la cocina. Le sigo. Me muestra la exposición: tres cuencos de gatos, tres cuencos de ensalada y un plato de porcelana blanca con un desgastado horde dorado en torno a una franja de espigas y flores rosadas y malvas... resto de un servicio que, en sus buenos tiempos, perteneció a la tía que le regaló el grueso mantel de damasco que cubre permanentemente la mesa del comedor, una tela que me recuerda los trabajos manuales del Ejército de Salvación. - ¿Ves? -dice-. Si eso fuera bueno para ellos, ya se lo habrían comido.

Si pueden, los animales comen lo que sus cuerpos necesitan. no como las personas, me lo ha dicho ese tipo gordo del mercado.

Y, al abrir tres sobres de Tender Vittles uno con sabor a hígado, otro con sabor a pescado y otro con sabor a pollo -mientras tres gatos ronronean al unísono al oír el ruido- dice en voz baja:

— Vamos, chicos, ya pasó la moda de la comida sana.

Estoy de pie, casi de puntillas, con los brazos levantados por encima de la cabeza, en un extremo de la habitación, extremo opuesto a donde se encuentra él. Tengo las manos atadas al gancho de la pared del que, durante el día, cuelga uno de sus grandes cuadros. El lado donde me encuentro en la habitación está oscuro; sólo está encendida, a su espalda, la lámpara de lectura. Me ha dicho que no hable. La televisión está encendida, pero él, absorto en su trabajo, hace anotaciones en un bloc y no levanta la cabeza durante lo que me parecen largos períodos de tiempo. Empiezan a dolerme los brazos, después todo el cuerpo, hasta que finalmente digo:

— Escucha, no puedo soportarlo, de verdad...

Me dirige una mirada burlona, entra en el dormitorio, sale de él con dos pañuelos y me dice en un tono coloquial y cortés:

— Quiero que te calles de una puta vez.

Me mete uno de los pañuelos en la boca y lo ata firmemente con el otro. Siento el mórbido sabor del apresto.

Empieza 300 millones. Trato de escuchar, fijo la vista en la parte posterior del televisor, esforzándome en visualizar los anuncios para distraerme de las ondas de dolor que se extienden por todo mi cuerpo. Me digo que mi cuerpo no puede tardar en quedarse insensible, pero mi cuerpo no hace nada de eso, es tan sólo puro dolor. Después, duele aún más, y, cuando termina 300 millones, se oyen ruidos apagados a través del pañuelo que me llega hasta la misma garganta y me oprime la lengua. El se levanta, se acerca a mí y enciende la lámpara de pie junto a su escritorio, ajustando la pantalla de forma que la luz me dé directamente a los ojos. Por primera vez desde que le conozco, echo a llorar. Me mira con curiosidad, sale de la habitación y regresa con la botella de aceite de baño que me ha comprado al volver del trabajo a casa. Empieza a untarme con aceite el cuello y las axilas. Mi cerebro está bloqueado por los espasmos convulsivos de mis músculos. Me masajea los pechos, mientras lucho por respirar por la nariz, inundada de lágrimas. Ahora, siento el aceite en mi estómago, con un movimiento circular, lento, insistente, rítmico. El terror se apodera de mí, sé que voy a asfixiarme, que voy a asfixiarme de verdad, en un minuto estaré muerta; entonces, me abre las piernas, lo cual me estira aún más. Grito. Es un sonido ahogado, como el de un niño que imita una sirena de niebla, completamente ineficaz a través de tanta tela. Por primera vez en la noche, parece interesado, incluso fascinado. Sus ojos están a tres pulgadas de los míos ¿algo se mueve muy suavemente, de arriba abajo, al lado de mi clítoris. Sus dedos están resbaladizos de aceite, empapados en aceite, y, a medio grito, mi cuerpo se acopla a los sonidos -no muy distintos- que emite él cuando estoy a punto de correrme y entonces me corro.

Me desata, me jode de pie, me lleva a la cama, me lava la cara con una toallita mojada en agua fría de un cuenco blanco. Me fricciona prolongadamente las muñecas. Justo antes de que me quede dormida, dice:

— Mañana tendrás que llevar manga larga, querida, es una lástima, va a ser un día caluroso.

Nuestras veladas pocas veces variaban. Me preparaba el baño, me desnudaba, me ponía las esposas. Yo me quedaba en la bañera mientras él se cambiaba de ropa y empezaba a preparar la cena. Cuando quería salir del agua, le llamaba. Me ayudaba a incorporarme, me enjabonaba lentamente el cuerpo, me aclaraba y me secaba. Soltaba las esposas, me ponía una de sus camisas -velarte blanco, rosa o azul pálido, camisas para llevar con traje, cuyas mangas me cubrían las puntas de los dedos, una camisa limpia, recién traída de la lavandería china, todas las noches-, y volvía a ponerme las esposas. Le observaba mientras preparaba la cena. Era un cocinero con limitaciones, pero excelente. Preparaba sucesivamente los cuatro o

cinco platos que mejor le salían; luego, hacía tortillas o filetes un par de noches y, después, iniciaba otra vez el ciclo. Siempre bebía vino mientras lavaba la lechuga, y cada vez que tomaba un sorbo me daba también uno a mí.

Hablaba de lo que había ocurrido en su oficina. Yo le contaba lo que había ocurrido en la mía. Los gatos se frotaban por turnos contra mis piernas desnudas.

Cuando la cena estaba lista, llenaba completamente un solo plato.

Pasábamos al comedor -apenas había espacio para andar cómodamente en torno a la mesa y las tres sillas, sobre una desgastada alfombra oriental de color rojo oscuro-, la más colorida, con diferencia, de sus tres habitaciones; donde terminaba la alfombra empezaba un material reluciente y de elaborados dibujos, compuesto por lomos de libros que fluían desde el suelo hasta el techo en dos de las paredes, sin dejar espacio en las otras dos más que para una puerta y una ventana. Siempre tenía la mesa cubierta con el preciado mantel de damasco. Yo me sentaba a sus pies, atada a una pata de la mesa. Tomaba un bocado de fettucini y me daba otro a mí; pinchaba con el tenedor una buena porción de lechuga de Boston, me la llevaba hasta la boca, me la limpiaba, primero a mí y después a la suya, del aceite de la ensalada. Un trago de vino, y luego él me bajaba el vaso para que yo bebiera de él. A veces lo inclinaba demasiado, de forma que el vino se derramaba sobre mis labios y me caía por ambos lados de la cara, sobre el cuello y los pechos. Entonces, se arrodillaba delante de mí y chupaba el vino que caía en mis pezones.

A menudo, mientras cenábamos, me cogía la cabeza y se la metía entre los muslos. Inventamos un juego: él trataba de ver cuánto tiempo podía seguir comiendo en calma; yo cuánto tardaba en hacerle soltar el tenedor y gemir. Cuando, en cierta ocasión, le dije que cada vez me gustaba más su sabor después del de curry vegetal, tuvo un acceso de risa y dijo: -¡Dios mío! Mañana voy a hacer cantidad suficiente para que nos dure toda la semana.

Cuando terminábamos de cenar, se iba a la cocina a lavar los platos y preparar el café -un café abominable, invariablemente-, que llevaba al salón en una bandeja: una cafetera, una taza, un plato, una copa de brandy. (Al mes de conocernos, aunque soy completamente adicta al café, terminé por pasarme al té.) Después, me leía, o cada uno leía un libro. O veíamos la televisión, o trabajábamos. Por encima de todo, hablábamos, horas y horas, literalmente. En mi vida había hablado tanto con alguien. Aprendió, hasta el último detalle, la historia de mi vida, y yo me familiaricé igualmente con la historia de la suya. Hubiera sido capaz de reconocer a sus amigos de universidad sólo con verlos, o de conocer el humor de su jefe por la posición que adoptaba en su silla. Me encantaban sus bromas y la forma que tenía

de hacerlas, en un tono lento y aburrido y con un gesto ferozmente inexpressivo.

Lo que más le gustaba eran las historias sobre mi abuelo, y a mí el relato de los tres años que pasó en la India.

Jamás salíamos, y sólo veíamos a los amigos a mediodía. En varias ocasiones, rechazó invitaciones por teléfono, poniendo los ojos en blanco y mirándome mientras explicaba solemnemente que estaba agobiado de trabajo y yo reía como una tonta. Por lo general, durante nuestras veladas, yo estaba atada al diván o a la mesa de café; a su alcance.

Es miércoles, hace tres semanas que nos conocemos, y vamos a almorzar juntos. Será la única vez que almorcemos juntos en un día laborable, aunque nuestras oficinas sólo estén a un dólar y cinco centavos de taxi. Es un restaurante del centro de la ciudad, tan ruidoso como las calles que lo rodean, con luces fluorescentes y una multitud gesticulante esperando en la puerta el turno para sentarse. Nos sentamos uno frente al otro, bañados por la intensa luz; pide sandwiches de rosbif y vino.

Esa mañana he tenido un pequeño triunfo; un proyecto que llevo meses recomendando ha salido adelante. Se lo cuento encantada.

— No es de por sí muy importante, pero para mí es emocionante, porque todo el tiempo parecía que...

Me pone el pulgar en diagonal sobre los labios. Sus dedos se ahuecan sobre mi mejilla izquierda.

— Quiero que me lo cuentes todo. Esta noche tendremos tiempo de sobra. No cierres la boca.

Me quita su mano de la cara y sumerge el pulgar en mi vaso de vino; el líquido, rojo oscuro en el vaso, se vuelve rosado y transparente sobre su piel.

Me moja los labios con él. Su pulgár se mueve lentamente, mi boca está relajada bajo su contacto. Después; por mis dientes de arriba, de izquierda a derecha, y por los de abajo, de derecha a izquierda. El pulgar da fin a su recorrido posándose en mi lengua. Pienso, sin alarmarme, sin darle mayor importancia, que estamos a plena luz del día.

Una ligera presión sobre mi lengua me induce a chuparle el pulgar.

Sabe a sal bajo el vino. Cuando me detengo, presiona suavemente, empiezo de nuevo, y sólo cierro los ojos cuando mi vientre se funde.

Sonríe al recuperar el pulgar. Extiende la palma de la mano sobre mi plato y dice:

— Sécame.

Le envuelvo la mano en mi servilleta como si restañara sangre. En lugar del sandwich, que todavía no he tocado, me veo a mí misma,

atada a la cama, atada a la mesa del comedor, atada a las patas del lavabo en el cuarto de baño, las mejillas encendidas por el vapor mientras él se ducha; escucho el rugido del agua, siento el cosquilleo de las gotitas de sudor en mi labio superior, tengo los ojos cerrados, la boca abierta; atada y desnuda, atada y reducida a un solo frenesí: anhelando más.

— No lo olvides -dice-. Quiero que, a veces, a lo largo del día, recuerdes cómo es cuando...

Y añade:

— Bébetelo el café.

Bebo a sorbitos, decorosamente. el líquido tibio, como si me hubieran dado permiso para hacerlo. Me saca del restaurante. Dos horas más tarde, me rindo y le llamo. El hechizo aún no se ha roto. Me he pasado el tiempo mirando el calendario, mirando por mi ventana hacia la parrilla de ventanas que hay al otro lado de la calle. No he aceptado ninguna llamada. Su secretaria me previene secamente que tiene una cita dentro de cinco minutos y después se oye su voz.

— No puedes hacerme esto -susurro en el auricular.

Unos instantes de silencio.

— Esta noche voy a hacer gambas -dice lentamente-. Piensa en eso.

El almuerzo fue un hito. Demostró -nos demostró a los dos- que mi vida estaba limpiamente escindida en dos mitades: día y noche; con él/sin él. Y que era un error, posiblemente peligroso, mezclar las dos mitades. Día tras día, semana tras semana, los dos segmentos de mi vida fueron alcanzando un equilibrio cada vez más completo. Cuanto más claras, más definidas, más fantásticas se hacían nuestras noches, más se deslizaba en la fantasía mi vida laboral.

Era una fantasía bastante agradable. Me movía en ella con soltura, de hecho mejor que cuando mi despacho, mis clientes y mi trabajo eran asuntos serios, dura realidad. Como no puede por menos que ser con la propia fantasía, estaba serena, relajada, a gusto. Un día conseguía un contrato. al día siguiente mis hechizos inducían a un colega a hacer las paces conmigo tras meses de altercados. Trabajaba incansablemente, por encima de todo. Los pequeños problemas que antes me irritaban -una llamada telefónica sin respuesta, la espera más larga de lo razonable de la decisión de un cliente, una mancha de café en la manga media hora después de empezar el día- carecían por completo de importancia.

Mi realidad cotidiana fue sustituida por una ecuanimidad superficial y una profunda dulzura. Los almuerzos tranquilos, que transcurrían inadvertidos, charlando serena y amistosamente con gente amable y amistosa... Amigos, clientes, colegas, todo daba igual. Me movía por el metro observando la fortuita combinación de la luz

con el azul oscuro de las vigas del techo. En la calle, me agradaba el amarillo de los taxis, y una vez conté hasta nueve taxis seguidos en Park Avenue. Una ciudad de ensueño, sin desechos, vista por un drogado, o por una mujer muy miope que sale a la calle sin gafas, a la vez valiente y estúpida. Multitudes que se abren, amable y automáticamente, para dejarme paso. Todos los días una película nueva, jamás cargada de argumento, o que sólo juega con un único argumento, tan lánguidamente que no revela conexión alguna, impotente para arrastrarme bajo su agradable superficie; siempre a pocas horas de la realidad, el tiempo libre para lo que realmente importaba, para lo que realmente ocurría en mi vida; un respiro en el regocijante e inexorable argumento que se despliega por las noches.

Las noches eran tangibles y feroces, afiladas como navajas, tan claramente definidas que eran luminosas. Un país distinto, en el que el paisaje y el sistema de vida son muy definidos: calor, temor, frío, placer, hambre, abundancia, dolor, deseo, abrumadora lujuria.

La pimienta que me sofocaba; la sorpresa de encontrarme con la guindilla que me abrasaba la garganta; el Chablis dorado para suavizar mis cuerdas vocales; un sencillo pudín de chocolate Royal que circulaba por mi sangre. Mi cuerpo vivo y sumiso en torno a mí misma. y en seguida líquido y ardor, ardor y líquido. Todas las noches, al contemplarme después de un baño -escamas o espuma en los pezonesel vello púbico, la palma de una mano reposando dócil en la otra, las muñecas acostumbradas a apoyarse una en la otra, el acero reluciente. tan natural y decorativo como un peinecillo de plata en el pelo-, todas las noches me deleitaba en mi propia belleza.

Una vez, hace años, mitigada la frenética obsesión de la adolescencia, hice una estimación de mi cuerpo y decidí que estaba bien. Sabía perfectamente qué partes de mi cuerpo serían más hermosas si su forma fuera otra, pero las deficiencias que reconocía no me habían preocupado desde hacía más de una década. Cada vez que caía en la trampa de una crítica demasiado cruel, me decía que por cada asimetría demostrable había algo agradable que señalar, y que el resultado final era un equilibrio aceptable. Pero ahora, bajo sus ojos y sus manos..

No había saltado a la comba ni había corrido por el parque, no había perdido ni ganado una sola libra, mi cuerpo, después de todo, tenía que ser el mismo cuerpo que habitaba desde que me hice adulta. Pero ahí estaba, irreconocible, transfigurado: flexible, airoso, pulido adorado. La carne que conduce al pliegue del codo, donde dos venas cerúleas se desvanecen en la piel opaca, exquisitamente suave; un vientre como la seda que sube dulcemente hacia los huesos de las caderas; un brazo que se une al torso formando un delicado pliegue, como el del centro del monte de Venus de una niña; un hueco oval y

poco profundo en la cara interior de un muslo que se extiende hacia arriba desde la rodilla, suavizándose dulcemente, entregándose a una lenta madurez, blanco plumón infinitamente sensible, el tejido más fino del mundo..

— Tengo que ir a una reunión -dice-. Es el toque final del asunto Handlemayer, una mera formalidad, no puede durar mucho.

Se está vistiendo de nuevo, tras terminar de fregar los platos de la cena: un traje distinto, aunque de idéntico corte que el que se quitó hace dos horas, ahora gris oscuro en vez de azul oscuro. Una camisa limpia, azul pálido, gemela de la que yo llevo puesta, una corbata de seda gris con pequeñas motas rojo vino que forman dibujos en forma de diamante. -¿Me gustaría que hicieras una cosa antes de que me marche -dice.

Me conduce al dormitorio y dice:

— Túmbate.

Me ata los tobillos al pie de la cama, la muñeca izquierda al cabezal.

Se sienta en la cama a mi lado. Desliza la mano derecha por mi muslo derecho, me frota el hueso de la cadera con la palma de la mano, me cepilla la piel del estómago con esa parte de la mano con que los orientales de la televisión propinan golpes de karate. Deja un instante el pulgar sobre mi ombligo, presionando con infinita dulzura; después, desabrocha los dos botones de la camisa que yo llevaba abrochados y separa lentamente la tela a ambos lados. Las mangas de la chaqueta de su traje me rozan los pezones.

Mi respiración ha sido irregular desde que me ha dicho que me tumbara; cada vez que me toca retengo el aliento. Respiro deprisa y superficialmente hasta que vuelve a tocarme. No puedo mantener la cabeza quieta sobre la almohada. Coge mi mano libre, la derecha. Sosteniéndola por la palma, sin dejar de mirarme, me chupa los dedos, uno por uno, hasta que gotean saliva. Me pone mi propia mano entre las piernas y dice:

— Me gustaría ver cómo te tocas hasta correrte.

Está sentado cómoda y tranquilamente, con una pierna cruzada sobre la otra, las rayas de su traje, recién llegado del tinte, bien marcadas. No intento mover la mano. Espera.

— No lo comprendes -mi voz suena cascada-. nunca...

Guarda silencio.

— Nunca lo he hecho delante de alguien-. Me da vergüenza.

Coge el paquete de Winston de la mesilla. se lleva un cigarrillo a la boca, lo enciende, aspira ineptamente, bizqueando, lo pone entre mis labios.

En seguida tengo que mover la mano para sostener el cigarrillo.

— Le da vergüenza -repite. Su tono de voz es suave, sin el menor

timbre burlón, y no hay rastro de enfado en lo que dice después.

— Eres un poco tonta, ¿no? Todavía no te has enterado de qué va lo nuestro.

Sin tocar el cigarrillo, me quita el reloj de la muñeca libre.

— Estaré de vuelta en un par de horas, a más tardar.

Apaga la lámpara de la mesilla, después la lámpara de la esquina y cierra sin ruido la puerta del dormitorio.

Estoy trastornada y, de momento, lo que más me preocupa es poder encender otro cigarrillo después de éste. En la mesilla están el plato que uso como cenicero y el paquete de Winston, pero él se ha metido en el bolsillo el encendedor que se compró para encender mis cigarrillos. No hay cerillas a la vista. Sostengo el cigarrillo medio consumido con un lado de la boca, cojo el paquete, saco un cigarrillo, me pongo el paquete en el estómago, coloco el cenicero al lado de mi cadera derecha. Tras torpes giros, tensiones y esfuerzos del cuerpo, consigo lo que quería, aunque no sin aplastar el paquete de cigarrillos al darme la vuelta; transfiero el cigarrillo a medio fumar a la mano atada al cabezal, acerco el cigarrillo nuevo al encendido con la mano libre, espero, me lo llevo a la boca. A la tercera, se enciende. No me pregunto por qué mis pensamientos no son lo suficientemente claros como para, simplemente, ponerme el cigarrillo nuevo en la boca y encenderlo con el otro; tampoco me pregunto por qué no me desato; pues podría hacerlo con más facilidad y sin duda más aprisa que la sudorosa chapuza que acabo de inventarme.

El rostro me arde de nuevo al pensar que él -que cualquiera pudiera verme. Pienso que es la primera vez que he dicho que no. No tiene sentido, es puro melodrama. Le he explicado algo, eso es todo, algo que no sabía de mí.

— Sabe que haré lo que haga falta -dijo en voz alta, aunque vacilante, al leve zumbido del acondicionador de aire, a las sombras del techo, a la forma de su elevada cómoda. Me impresiona haber sido yo quien ha pronunciado las palabras que ahora resuenan en mis oídos. Trato de pensar qué no haría.

Una vez, inicié un coito anal con alguien, me dolió y lo dejamos... pero sin duda volvería a intentarlo con él, si él quisiera. He leído que hay gente que se orina y se caga mutuamente. Nunca lo he hecho, y sólo con pensarlo me dan ganas de devolver... Estoy segura de que él tampoco querría hacerlo. Pero ¿qué habría dicho yo hace tan sólo unas semanas si me hubiesen propuesto atarme y pegarme? ¿Y qué más da la forma en que hace que me corra y me masturbe delante de él, si eso le gusta? Pero la vergüenza me achica los ojos hasta cerrarlos. me enfría las piernas, me hace rechinar los dientes.

— Hace casi diez años, una buena amiga mía me había descrito cómo se masturbaban ella y su amante cuando estaban juntos y cuánto

le gustaba.

— No te preocupes -me había dicho cuando repuse, sin vacilar, espontáneamente horrorizada, que no sería capaz de hacer aquello, que jamás lo haría.

— Es tu manía particular. Todos tenemos manías. Yo no puedo soportar que un hombre me meta la lengua en la oreja, me pone los pelos de punta.

Se había reído a carcajadas. Ahora hablo en voz alta.

— Manía. Mi manía.

Inmediatamente, respeto la palabra. Ya no es un cajón de sastre anónimo y sin sentido, un espectro oscuro repentinamente preciso: patibulos en los mercados, linchamientos a mediodía.

En ese instante, entra por la puerta.

Enciende la luz de la mesilla, me pone de nuevo el reloj en la muñeca, pasa cuidadosamente la correa por las dos trabillas; nunca tengo la paciencia para hacerlo y siempre lo dejo cuando la correa está asegurada en la primera, por lo que la segunda está rígida por la falta de uso. Dice:

— Empezaste a masturbarte de muy joven.

Me río. -¿Es una corazonada o una acusación? -pregunto-. ¿Qué tal la reunión?

No responde. Fijo la vista en los tiradores de bronce de la cómoda, grabándolos, perfectamente definidos, en mi mente.

— Supongo que a los seis años, no me acuerdo.

— Y, de adulta, a menudo -me sopla.

Inicio una de las frases que he practicado en su ausencia, frases razonables, frases de adulto: elección y preferencia, y el delicado equilibrio entre intimidad y... Vacilo, olvido los tiradores de bronce, me vuelvo hacia la ventana, abrumada por la necesidad de no mirarle. Me coge la cara con ambas manos y la acerca lentamente al lado de la cama donde está sentado.

Habla cuidadosamente:

— Te quiero conmigo, pero no voy a obligarte a que te quedes.

El acondicionador de aire cambia de velocidad, ronronea.

Abro la boca, me pone suavemente un dedo sobre los labios.

— Escucha, así son las cosas entre nosotros. Mientras estés conmigo, harás lo que yo te diga. Mientras estés conmigo -repite simplemente, sin añadir gravedad-, harás lo que yo te diga.

Y, un instante después, disgustado:

— Por el amor de Dios, ¿por qué tanto escándalo?

Y para terminar, como quien no quiere la cosa:

— Podrías intentarlo otra vez. Si quieres, te traigo un poco de crema.

Puedo bajar las luces.

— Es lo único -digo, con la cara vuelta hacia la ventana-. Pídeme cualquier otra cosa y la haré.

Levanta el auricular del teléfono junto a la cama, marca de memoria un número, da su nombre, su dirección y la mía, y dice:

— Quince minutos.

Coge la mayor de las maletas del estante superior del armario y la abre en el suelo del dormitorio. He ido trayendo algunas de mis cosas que ahora andan dispersas en distintos puntos de su apartamento: una vez, una gran cesta de paja; otra, un neceser de lona; a veces, simplemente prendas amontonadas en una bolsa de compra. Coge del perchero mi ropa, toda ella en el lado izquierdo del armario, la dobla en dos -sin quitar las perchas de madera- y la dispone ordenadamente en el fondo de la maleta. Un foulard por aquí, otro por allá, la pluma estilográfica que me compró para que dejara de usar la suya, unos cuantos libros del salón, media docena de discos, cuatro pares de zapatos, ropa interior amontonada en el segundo cajón de su cómoda, el frasco sin abrir de Miss Dior que me compró el sábado pasado, otro frasco, casi vacío.

Un viaje a la cocina. Regresa con una gran bolsa de basura, oigo cómo resuenan los objetos de tocado al caer en la bolsa, vuelve al dormitorio, la bolsa ocupa casi toda la maleta. Mi secador de pelo, mi diario, y la maleta se cierra con un chasquido. No ha tardado ni cinco minutos.

Me desata y me frota los tobillos y la muñeca izquierda pausadamente, aunque estuvieran atados lo bastante flojos como para no dejar huella. Me quita cuidadosamente la camisa azul. Ha dejado fuera de la maleta uno de mis jerseys de verano, doblado encima de una silla. Levanto automáticamente los brazos y me pasa la pálida lana por la cabeza. Y una falda gris de hilo. Estoy tan acostumbrada a que me vista que espero a que ponga una rodilla en tierra antes de pasar una pierna por la cintura. Creo no haberle dicho nunca que me pongo las faldas por la cabeza; él piensa en las faldas como si fueran pantalones, por lo que, para él, lo más natural es meter las piernas y tirar la falda hacia arriba. Ha olvidado la ropa interior, desde luego no puedo salir a la calle, a medianoche, con una falda y sin bragas. Enfilo las piernas por la cintura de la falda, le miro levantarse mientras me la sube hasta las caderas; levanta el jersey para cerrar la cremallera del lado izquierdo y afirmar el automático, alisa la delgada lana sobre el hilo crudo.

Después, me enseña las sandalias y me indica con un gesto que me siente en la cama. Le acerco primero un pie y después otro, flexiono el arco, observo cómo mete la sandalia y abrocha la hebilla. Se pone de pie detrás de mí y me cepilla el pelo.

— Te acompaño abajo hasta el taxi. Si encuentro más cosas tuyas,

ya te las llevaré.

Su cepillo en mi pelo, las lentas y seductoras caricias, el leve crujido eléctrico. Me doy la vuelta y me aferro a sus muslos. Estoy llorando aparatosamente, como una niña. Se queda muy quieto. Sus dos manos se posan en mi pelo, el cepillo ha caído en la alfombra.

— El taxi llegará en cualquier momento -dice, y el portero llama en ese preciso instante. Levanto la voz:

— No puedes..

Su voz es inexpresiva en el teléfono interior.

— Ten la amabilidad de decirle que ahora mismo bajo.

Y, dirigiéndose a mí:

— Pensé que habías tomado una decisión.

Entonces, me arrojo ante él, no para satisfacerle con la boca, como tantas otras veces, sino abyecta, para suplicarle en un modo incoherente:

— Cualquier cosa... por favor.

Y su voz de nuevo en el teléfono interior, sin inflexiones:

— Dale cinco dólares, Ray, y dile que espere, muchas gracias.

Unos pasos, y cruza el recibidor, entra en el dormitorio y profiere un gruñido de matón:

— Muy bien, entonces, hazlo, ahora.

Empuja mi cuerpo boca abajo, y siento en el cuello el roce del dobladillo de la falda. Se quita el anillo, que había sido de su padre, de la mano derecha; lo tira sobre la cama; me coge por la garganta con la mano izquierda; utiliza la mano, libre ya del anillo, para abofetearme el rostro, la palma en la mejilla izquierda, el dorso en la derecha, la palma de nuevo en la izquierda.

— Muy bien, vamos a ver cómo lo haces.

Me mete mi propia mano en la boca.

— Dale facilidades, bien mojadita.

Y, con el más suave tono de voz, susurra:

— Te ayudaré un poco, querida, va a ser muy fácil.

Mis muslos se abren, sube el calor bajo su lengua y sólo registro un ligero cambio cuando levanta la cabeza: pone mi mano en ese lugar donde algo que me es tan familiar y contra lo cual no quiero luchar, ha empezado ya y donde mis dedos índice y medio empiezan a deslizarse hacia abajo, como siempre; y me corro.

— Me ha encantado -dice-. Me encanta mirarte la cara. Estás tan extraordinaria cuando te corres, dejas de ser guapa y te transformas en una cosa voraz, con la boca abierta casi hasta desgarrarse.

Y, otra vez, en el recibidor, le oigo decir:

— Dale otros cinco, Ray, y dile que se marche.

Nada me había preparado. Hacía unos años había leído La historia de O intrigada al principio, horrorizada a las pocas páginas y

asqueada mucho antes del final. Los sadomasoquistas de la vida real eran monstruos, de cuero negro, tontos y divertidos en sus ridículos atavíos. Si alguna amiga, alguien como yo, me hubiera dicho que se hacía atar a la pata de una mesa cuando llegaba a casa tras un día de trabajo en la oficina... Bueno, nunca ha ocurrido. Sólo Dios sabe que no la habría creído.

Un viernes por la tarde, a las cuatro y media, me llama a la oficina:

— A las cinco y media, en la habitación 312 del Hotel Algonquin.

He almorzado allí una vez. Hace unos días, durante una de nuestras interminables conversaciones (comparemos restaurantes — y hoteles- el París Ritz — ridículo — entonces, ZumZum -buen bratwurst — un sauerkraut asqueroso — café mediocre...), le conté lo románticos que me habían parecido el vestíbulo y el suntuoso rincón rojo donde me había sentado con dos clientes. Ellos estaban ya muy acostumbrados a los encantos del Algonquin, y le conté que tuve que reprimir mi placer de estar allí al menos lo bastante como para concentrarme en lo que me decían.

Había pensado ir en metro, pero una pareja de ancianos baja de un taxi delante del edificio de mi oficina justo en el momento en que salgo por la puerta giratoria. Les sujeto la puerta del coche, siento el dolor de los músculos de los muslos mientras me repito A las cinco y media, en..., y unos minutos después entro en el Algonquin. Llamo dos veces con los nudillos a la puerta de la habitación 312, pero nadie responde; la puerta no está cerrada con llave. Había dado por supuesto que me estaría esperando. Digo su nombre junto a la puerta del cuarto de baño, que está entornada, e incluso -obedeciendo a un impulso que no es sino medio en broma- abro el armario. No hay nadie.

Encima de la cama, hay un montón de paquetes. No están envueltos para regalo, más bien parecen esos paquetes que se tiran encima de la cama después de un día de compras antes de Navidad. La llave de la habitación está en el cenicero de la mesilla, y hay una nota con su letra metida en el disco selector del teléfono. Abrelos, dice date un baño y vístete.

Empiezo por una de las pequeñas bolsas de Brooks Brothers. Contiene una camisa azul pálido, como la que he llevado la noche pasada, aunque menor. Calcetines de hombre en una bolsa de Altman. Un recipiente, que parece una caja de sombrero de niño, contiene una barba y un bigote rubios, envueltos en papel de seda. Mis manos tiemblan un poco cuando desenvuelvo el paquete mayor: un traje gris oscuro, con chaleco. Después, zapatos. Una corbata. Una peluca rubia de hombre. Un pequeño paquete de horquillas de Woolworth. Un pañuelo blanco. Un sombrero de verano de hombre.

Aparto a un lado papeles y cartones y me siento al borde de la cama, con la peluca en las manos. Es una peluca cara, de pelo humano, suave al tacto. La inquietud y la emoción se apoderan de mí, paralelas, como automóviles acelerando en una carretera oscura. A ratos, acortan la distancia que les separa y se tocan, sin ruido ni chispas, suavemente. Una vez en el agua del baño -Estée Lauder, Jean Naté y vitabath para elegir (pero no soy capaz, pongo cantidades excesivas de todos ellos bajo los grifos ábiertos; se anulan mutuamente, por primera vez desde hace semanas estoy sumergida en agua lechosa sin espuma, rodeada de una confusa mezcla de aromas-, la inquietud se desvía. La emoción me empuja hacia las oscuras millas delante de mí, los faros sólo iluminan unos metros de la carretera gris, mientras doy vueltas y vueltas entre mis manos a la pastilla de jabón sin estrenar.

Me seco, siguiendo la misma secuencia con que él me seca todas las noches: cara y cuello, pies y pantorrillas, espalda y nalgas. Lo único que falta entre las prendas ahora extendidas sobre la cama es ropa interior. El forro de los pantalones me roza suavemente la piel. Los calcetines me están bien, la camisa es de mi talla. Mis pechos son lo suficientemente pequeños como para que las sucesivas capas -camisa, chaleco y chaqueta- los simulen por completo.

Me pongo los zapatos -estilo anticuado, de punta ancha, como los suyos, el reluciente forro de cuero aromático, ¿por qué nunca huelen tan deliciosamente los zapatos de mujer?-, el izquierdo me aprieta al principio.

Hay un pequeño frasco de cola para maquillaje, con un cepillo sujeto a la parte interior de la tapa. Estoy perpleja: no soy capaz de determinar si la cola debe ponerse en el forro de la barba y el bigote o en la piel. Finalmente, unto una capa fina en el forro, que parece como de lona, y me coloco el bigote bajo la nariz. Me hace cosquillas; parece sacado de una representación de teatro preuniversitario y me pongo a reír ruidosamente.

Tengo que ajustarlo tres veces para que se quede recto sobre el labio superior. La barba es más difícil. Me la pongo y me la quito repetidas veces, mientras la cola se va fijando y se pone pegajosa; la cambio de posición hasta que se queda a la misma distancia de los lóbulos de las orejas y fija debajo de la barbilla. Comparada con la barba, la peluca se coloca fácil: me cepillo el pelo, me hago una cola de caballo estrecha y alta, la retuerzo, sujeto bien al cuero cabelludo los mechones sueltos con las horquillas.

Cuando me pongo la peluca en la cabeza, por encima del pelo, se queda firme. Levanto cuidadosamente una capa superior de pelo e hincó unas cuantas horquillas más a mi pelo a través del forro. El pelo de la nuca de la peluca roza el cuello de mi camisa, me cubre casi por

completo las orejas, me cae sobre la frente en una amplia onda.

Cuando guardo el papel de seda que envolvía el bigote, encuentro un juego de cejas en la misma caja redonda. Me las pego encima de las mías.

Me he estado mirando todo el tiempo en el espejo del tocador, pero fijándome sólo en los detalles. Ahora entra en juego el mecanismo que permite cambiar el enfoque: de un panel de cristal, donde cada partícula de polvo y cada huella digital está perfectamente definida y es importante, se pasa a una visión exterior, más allá del marco de la ventana. Ahora, en el espejo, hay un rostro ya no tan sólo una barba aislada o la inclinación de una peluca. La alarma derrapa ruidosamente por una oscura calle lateral y colisiona con la emoción antes de que ambas avancen de nuevo juntas y veloces. Observo que parece incómodo, en una forma que se me antoja familiar, pero no reconozco nada. Frente a mí, se ha sentado un joven delgado, de agradable aspecto. Si alguien me lo presentara en una fiesta, registraría la respuesta involuntaria; una inclinación de la cabeza perdida en mi interior... ¿Quién sabe? Tiene grandes ojos grises, cabello rubio espeso, cejas claras y pobladas, la nariz fina; piel pálida, una barba corta rubia-pelirroja. Reconociendo la chispa de un entendimiento preliminar entre nosotros se inclina hacia mí; también a él le gusta lo que ve. Sólo dura un instante. En mi interior, hay una torsión violenta; la alarma me domina. La habitación se sumerge, me encojo al pie de la cama, mientras una sola frase me golpea el pecho: quiero a mi madre.

También eso pasa. Me aparto el pelo de la frente, abro el paquete de Camel que está encima de la mesilla de noche. En mi vida he fumado un Camel y tengo inmediatamente un acceso de tos, la garganta en carne viva.

Pero después, trago el humo más profundamente y el áspero sabor me aclara perversamente la cabeza; ya no estoy mareada, sino serena, los ojos claros.

Me pregunto por un instante dónde poner el pañuelo. No puedo recordar dónde lo guarda él y, finalmente, me lo meto en el bolsillo posterior del pantalón. Es la primera vez que llevo una prenda con bolsillos posteriores, y deslizo la mano adentro y afuera, sintiendo el forro resbaladizo y, debajo de él, la curva de la nalgas.

Sólo quedan dos prendas, la corbata y el sombrero, y ambas me causan problemas. Descubro que la corbata viene con instrucciones; dentro del papel de seda que envuelve la corbata, hay una delgada hoja de papel.

Ha hecho cinco diagramas. El encabezamiento dice: Lo que hay en el dibujo es lo que hay en el espejo, síguelo paso a paso. Al primer intento, el nudo se queda a un palmo por debajo del botón del cuello

de la camisa; al segundo intento, consigo colocarlo en su sitio. El sombrero, sin embargo, me supera.

Me lo pongo sobre la cabeza cuidadosamente, después me lo bajo un poco, lo inclino hacia uno y otro lado. Sé lo bastante de sombreros como para darme cuenta de que es de mi talla o más bien de la talla de mi cabeza con el pelo recogido y la peluca, pero, por mucho que lo nuevo, siempre parece extraño.

Ni siquiera el intento de recordar los ángulos de sombrero de los actores de cine o la apariencia del único de mis amigos que lleva regularmente sombrero, tiene sentido aplicado a la imagen del espejo.

Al fin me rindo de mala gana y meto otra vez el sombrero en la caja. Mi reloj, que me quito y meto en el bolso, marca las siete en punto. Me lavo las manos. Me planto ante el espejo de cuerpo entero, abrochándome y desabrochándome la chaqueta, posando primero con una mano y después con la otra en el bolsillo del pantalón. Después, descuidada y sonriente, me quito los pendientes y los meto en el bolso con el reloj. Y descubro el cinturón mientras doblo y recojo cuidadosamente los papeles, reintegrando — como si siguiera instrucciones precisas— cada hoja de papel, alisada, a su correspondiente caja o bolsa.

El cinturón es exactamente igual al suyo, aunque más rígido. Cabe en la palma de mi mano izquierda y se desenrosca lentamente cuando lo pongo sobre la colcha. Lo paso entero entre el pulgar y el índice; después, cierro el puño en torno a la hebilla. Abro la mano, enrosco un poco el cuero alrededor de la palma y el dorso, cierro de nuevo el puño. Me abrumba el recuerdo de una mujer, con las muñecas atadas al caño de la ducha, retorciéndose bajo los golpes de este cinturón que corta una y otra vez la cortina de agua.

Suena el teléfono.

— Estoy en el vestíbulo -dice-. Baja. No olvides la llave de la habitación.

Deslizo la llave en el bolsillo derecho de la chaqueta, la transfiero al bolsillo derecho del pantalón, la paso al bolsillo izquierdo de la chaqueta, impaciente. Meto el cinturón por las trabillas del pantalón, cierro torpemente la hebilla. Cojo los Camel y un librito de cerillas; no sé dónde meterlas y termino quedándomelas en la mano izquierda. Un hombre bajo y escaso de pelo espera conmigo la llegada del ascensor; después, murmura algo entre dientes y se marcha rápidamente por el pasillo. Le veo alejarse y me doy cuenta de que no es más bajo que yo. Con sandalias de tacón, soy una mujer alta; ahora, soy un hombre más bajo que la media.

Al fondo del ascensor, hay una mujer de mediana edad. Entro y me quedo al lado de la puerta. Cuando llegamos a la planta baja y me dispongo a salir al vestíbulo, recuerdo algo. Me aparto a un lado, y la

mujer cruza la puerta, sin mirarme. Me estoy sonrojando y tengo que hacer un esfuerzo para no reír. qué ritual tan extraordinario, pienso, al mismo tiempo, encantada: ¡he aprobado!

Está sentado en un sofá de un rincón me indica por señas la silla que tiene en frente, al otro lado de una mesa redonda y baja con una campanilla de bronce, su vaso de whisky y un cenicero vacío. Lleva su traje gris, idéntico al mío. Me mira largo rato, observando los zapatos, el ajuste del chaleco el nudo de la corbata, la barba y el pelo. -¿Y el sombrero?

— El... no encontré forma de que me quedara bien. Lo intenté mucho rato.

Sonríe, después ríe abiertamente, toma un trago de su vaso, parece completamente feliz.

— No importa -dice al fin, sin dejar de sonreír-. Estás bien. De hecho, estás fenomenal. Olvidemos el sombrero.

Se inclina hacia adelante y coge mis manos entre las suyas como quien calienta a un niño que acaba de entrar en casa después de construir un muñeco de nieve.

— No te pongas nerviosa -dice-. No hay razón para ponerse nerviosa.

Aparece un camarero y se cierne a un lado, a dos pasos de nosotros. El pide vino para mí más whisky para él, sin cambiar de postura: los codos en las rodillas, los hombros echados hacia delante, sus manos envolviendo las mías.

Yo estoy sentada rígida, erguida, con los ojos fijos en mis brazos que se extienden hacia él como si fueran de madera. Estoy abrumada por esa mezcla de sentimientos contradictorios a la que ya debía estar acostumbrada pues, en una u otra forma, me ha asaltado casi diariamente desde que nos conocimos. Estoy profundamente avergonzada, estoy sonrojada, temblorosa... y llena de regocijo, borracha antes de que llegue el vino, encendida por un brío irracional.

El camarero no reacciona en absoluto, al menos a juzgar por su expresión, cuando nos trae las bebidas; finalmente, me atrevo a mirarle.

— Es todo dentro de ti, ¿sabes? -dice el hombre que tengo sentado enfrente, vestido con el mismo traje que yo-. A nadie más le importa. Pero a mí me divierte mucho que te importe a ti.

Después, pasamos al comedor, donde me coge la mano entre plato y plato. Me resulta difícil masticar, más difícil aún tragar; bebo casi el doble de vino de lo que acostumbro a hacer. El toma otra copa en el bar, la mano ligeramente apoyada sobre uno de mis muslos.

Arriba, en la habitación, me lleva al espejo. Me pasa un brazo por encima de los hombros, y contemplamos nuestra imagen: dos hombres, uno alto y bien afeitado, otro bajo y de barba rubia; trajes

oscuros, una camisa rosada y una azul pálido.

— Quítate el cinturón -dice en voz baja; le obedezco, incapaz de separar mis ojos de los suyos en el espejo. Sin saber qué debo hacer ahora, lo enrosco como la apretada serpiente que era cuando estaba en la caja. Me lo quita y dice:

— Sube a la cama. No, a gatas.

Me pasa una mano por detrás para desabrocharme los pantalones y dice:

— Bájate los pantalones por el culo.

Algo cede en mí, y mis codos ya no pueden sostener mi peso. Estoy de rodillas, la cabeza entre los brazos, y de mi garganta surgen sonidos que no alcanzo a interpretar: ni temor ni deseo, sino la incapacidad de distinguir entre ambas cosas y como resultado... Me golpea, tras ponerme una almohada encima de la cabeza para amortiguar mis gritos; después, me posee como poseería a un hombre. Grito más fuerte que antes, con los ojos abiertos como platos en la oscuridad, la almohada cubriéndome el rostro.

Muy dentro de mí, su golpeteo cesa abruptamente. Me empuja boca abajo, su mano derecha debajo de mí y entre mis piernas. Tumbado encima de mí cuan largo es, levanta la almohada y escucha cómo se apagan mis sollozos.

Cuando me doy cuenta de que estamos respirando al unísono, serenos, sus dedos inician su infinitesimal movimiento. Mi respiración no tarda en agitarse. Me vuelve a tapar la cara con la almohada cuando me corro y no tarda en correrse también. Coge Kleenex reforzado de la mesilla y me lo mete por entre las nalgas. Cuando, más tarde, lo saca de allí. está empapado de semen y teñido de rosa. Acurrucado contra mí murmura:

— Tan prieto tan caliente, no puedes imaginarte...

A veces me preguntaba, en abstracto, cómo podía el dolor excitarme tanto. En cierta ocasión, durante aquella época, me golpeé el dedo gordo del pie, protegido sólo por una sandalia contra el último cajón de mi escritorio.

Juré, salté de un lado para otro, recorrí cojeando el pasillo hasta el despacho de un compañero de trabajo para mendigar su compasión, y no fui capaz de concentrarme durante los siguientes quince minutos, porque la ligera, pero insistente, palpitación me distraía e irritaba. Pero,, cuando el que infligía dolor era él, la diferencia entre el dolor y el placer se oscurecía de tal forma que los transformaba en dos lados de una misma moneda: sensaciones de diferente calidad, pero con el mismo resultado, igualmente intensas; ambos estímulos eran igualmente poderosos y capaces de excitarme. Dado que el dolor siempre aparecía como preludeo, y sólo como preludeo -a veces horas antes, pero siempre finalmente conducente al orgasmo-, era tan

deseado, tan sensual, tan consustancial al acto del amor como las caricias que recibían mis pechos.

Se oyen grandes golpes en la puerta de entrada. Son las seis y media de la tarde, y he llegado hace sólo unos minutos. Cuando me asomo por encima de la cadena de seguridad, ahí le veo: los ojos en blanco, una bolsa de comestibles en el hueco de su brazo derecho, el asa de su cartera entre índice y pulgar, los demás dedos de la mano izquierda curvados sobre la parte superior de una bolsa con el logotipo de Bendel; lleva el Post, doblado a lo largo, entre los dientes.

Un decidido movimiento de cabeza -el periódico zumba sobre las cabezas de apio- me hace saber que no desea que le descargue. Entra en la cocina y suelta los comestibles con ruidosa satisfacción; toma una curva cerrada, deja caer el Post en el vestíbulo y la cartera en el umbral de la puerta del dormitorio. La cartera hace mucho ruido al caer. Me guiña un ojo con marcada gravedad y deposita con ambas manos, ceremoniosamente, la bolsa de Bendel encima de la cama deshecha.

— Después de cenar -dice, al ver que sonrío y frunzo el ceño.

— En la calle no llevarías el periódico con los dientes -digo yo.

— No -responde-. Me lo metí en la boca justo antes de llamar a la puerta con el pie.

Para mayor efecto.

Me mira con gran seriedad de arriba abajo. -¿Ahora? -pregunto después de la ensalada.

— De ninguna manera -dice-. ¿Qué crees que hacemos? ¿El ayuno dietético? Vamos a tomar una tortilla.

— A Su Majestad ya no se le ocurre nada más que cocinar. Otra vez.

Sonríe con severidad:

— Y te va a encantar.

Terminada la tortilla -sus tortillas son exquisitas: rellenas de verduras crujientes, queso fundido por encima y champiñones salteados a un lado-, me aclaro la voz. -¿Ahora?

— Desde luego -dice-, es como si nunca hubieras comido aquí. ¿No suelo arreglármelas para preparar algún postre? Tenemos baklavá.

— Baklavá -gimió-. ¿Después de los huevos? Asombrosa combinación.

Estoy llena.

— Como gustes -dice-. Yo la estoy saboreando desde que me miró de reojo en una grasienta confitería de Bleecker Street. Puedes mirarme mientras como.

Cuando terminó de chupar las últimas gotas de miel en sus dedos, me relamo ruidosamente.

— Asqueroso -dice-. Parece que necesitas otro baño. Tienes porquería en el cuello. ¡Por el amor de Dios, hasta las cejas las tienes pegajosas!

Coge una toallita empapada y me friega la cara.

— Muy bien -digo pomposamente-. Ya está. ¿Puedo ver qué hay en la bolsa de Bendel; por favor?

— Ni siquiera has encontrado la segunda bolsa -se regodea-. La escondí dentro de la bolsa de comestibles, ha aplastado los tomates. Además, todavía no he tomado el café; sin cafeína, podría quedarme dormido, ha sido un día muy largo.

Pasan otros quince minutos antes de que nos acomodemos en el salón.

Estoy sentada en una almohada, al pie del diván, esposada a la mesa del café, esperándole mientras lo prepara, calienta el agua para mi té y lava los platos; entra en el salón con la bandeja.

Hace una gran exhibición de lo contento y relajado que está: enciende un cigarrillo para mí, disimula un bostezo, se dispone a coger el Post. -¿Qué hay en la bolsa de Bendel? -grito.

Se lleva el índice al labio inferior y frunce el ceño. -¡Shhhh! ¡Sh! ¿Cómo puedes ser tan grosera? Aquí los alquileres son altos a propósito, para que no vengan los gritones. La anciana señora Chrysler no tardará en llamar a la puerta. ¿Nunca te he hablado de ella? Al fondo del vestíbulo, en el 15D. Necesita enterarse de una violación y un par de atracos todas las semanas, de lo contrario se estríñe. Ya lleva nueve días sin noticias jugosas...

— Mira que burlarse de las funciones corporales de las ancianas... -digo. No puedes caer mucho más bajo. Tengo ganas de pegarle una patada a la mesa del café y tirarte al suelo, a ver si doblas la columna y te duele la espinilla.

Suspira ostensiblemente, quita los pies de la mesa y, en tres grandes brinco, desaparece y regresa con un paquete en cada mano, los brazos triunfalmente estirados por encima de la cabeza. Tira los paquetes al otro lado de la habitación, se arrodilla a mi lado para soltarme las esposas. Me frota automáticamente las muñecas: un reflejo arraigado en él y que no tiene nada que ver con la condición en que se encuentran mis muñecas, que, esta vez, como la mayor parte de las veces, no muestran ni siquiera una línea rosada en el lugar que estaban en contacto con el metal. He aprendido a estar cómoda e incólume en ellas.

— Está bien -dice-. Me sentaré ahí, mientras tú mirarás a ver qué hay en estos paquetes y te lo pones.

— Teatro vivo, quince B -murmuro, y él asiente.

— Exacto. Representación por encargo.

Abro primero la bolsa de Bendel. Contiene, envuelto en el lujoso

despilfarro de seis capas de papel de seda, un ligüero negro y unas medias gris pálido. Con costura. La risa me sube irresistible a la garganta. Me río a carcajadas, río y río, levanto y estiro al máximo el volante de encaje... Tiene un aspecto vagamente esquelético y como de murciélago. Me lo pongo en la cabeza. Cojo con los dientes una tira que cuelga, bizqueo al paso de la otra, que me cruza por delante de la nariz, mientras una tercera me hace cosquillas en la oreja. - ¡Demonios! -brama-. Nunca te he visto tan exótica...

Gañe, ruge, ulula. Estamos presos, a ambos lados de la gran habitación que nos separa, de uno de esos ataques a los que a veces se sucumbe de niño, sin previo aviso, durante un recreo; o en un estadio muy especial, avanzado y breve, de la borrachera, cuando es imposible explicarse a uno mismo la broma, lo cual ni siquiera se intenta, cuando es imposible parar de reír, aunque duelan desde hace mucho tiempo los costados. -¿Qué diablos..?

Se frota la cara y da un puñetazo al almohadón que tiene a su lado.

Cuando me contesta, ya me he calmado. Me he quitado la cosa de la cabeza y me la he puesto en el regazo.

— Míralo desde este punto de vista -dice, sin dejar de sonreír-. Estoy poniéndome al día, bastante tarde, con una antigua fantasía mía.

Adolescente. Once, infiernos, eso no es ni siquiera... Da lo mismo. Me he calentado tanto con estas cosas (a los once, a los quince, a los veintidós, a los treinta y dos). Un ligüero negro, no en una revista, ni en una película, sino en una mujer de carne y hueso. ¡Y medias con costura! Y ni una sola de las que han dormido conmigo las llevaba, ni una sola, lo juro por Dios. ¿Qué voy a contarte? He tenido que ocuparme personalmente del asunto.

Me mira de reojo y guiña un ojo.

— Quiero ver, por fin, cómo es en la vida real.

Le digo que nunca he llevado ligüero, aunque hace años que, de vez en cuando, se me ocurre que podría comprar uno. Pero, le digo, nunca me lo he imaginado negro, que yo recuerde; habría sido... rosa, quizás, o blanco. Nos estamos riendo otra vez. Hace una descripción de la decorosa vendedora que le atendió, una mujer de la edad de nuestras madres: grandes pechos, impecable, la boca reluciente, fría y discreta. Le había enseñado una impresionante variedad de ligüeros, señalando sus rasgos más destacados: tiras ajustables; un elástico en la parte posterior de uno de ellos. para que siente mejor; otro con sisas especiales; otro con pequeñas rosas de tela de distinto color y calidad para realzar los corchetes; todos ellos, naturalmente, lavables en agua fría.

— Ha escogido uno de los dos modelos que más se venden, señor

-le había dicho.

Pensó en preguntarle cuál era el otro, pero decidió no hacerlo cuando ella le dijo, en un tono que le pareció casi venenoso: -¿Desea algo más, señor?

— Ahora, mira la otra caja -dice, encantado, y separa la mesa baja del diván. Está sentado con las piernas abiertas, los pies descalzos plantados en la alfombra, los dedos apuntando hacia fuera; un codo en cada rodilla, la barbilla en la palma de las manos, los dos anulares frotando la piel de las esquinas exteriores de los ojos. El pelo, que ya se ha secado desde la ducha antes de cenar, cae suavemente en su frente. Una camisa de fino algodón blanco, con el cuello muy desgastado sin abrochar, arremangado, el pelo del pecho rizado arriba y menos rizado abajo, perdiéndose en unos viejos y anchos pantalones cortos de tenis.

— No sabes el aspecto que tienes en este momento -le digo-. Un Crusoe, feliz en su isla, que jamás volverá a ponerse un traje. No sabes cuánto te quiero.

Entorna los párpados y se muerde el labio inferior con un colmillo, tratando de enmascarar una sonrisa... tímido y complacido, y tan precioso para mí que se me nubla la vista. Se reclina en el diván, con la cabeza muy atrás, apoyada en los cojines; su cuello arqueado destella al otro lado de la habitación. Se mesa el cabello con ambas manos y dice, hablando al techo lenta y cuidadosamente:

— Esto tiene que seguir así. Todo lo que tenemos que hacer es asegurarnos de que siga así.

E, incorporándose, inclinándose hacia adelante y agitando un brazo estirado y un dedo que apunta hacia mí, dice con voz tonante: - ¡Abre la otra bolsa, maldita sea, toda la noche gimiendo y suplicando y ahora arrastrando los pies! -luy bze -digo-. ¡Sí, señor!

La bolsa contiene una caja de zapatos de Charles Jourdan, una tienda que sólo conozco desde fuera, reconociendo sabiamente que hasta mi tarjeta de Bloomingdale's es, a veces, demasiada tentación. Levanto la brillante tapa beige. Envueltos en aún más papel de seda, hay un par de elegantes zapatos de ante gris claro con unos tacones tan altos que me quedo estupefacta.

— Con esto andarás tú -digo con vehemencia-. Dios mío, ni sabía que hacían tacones como éstos.

Cruza desmañado la habitación y se pone en cuclillas a mi lado, sonriendo tímidamente.

— Sí, claro, ya veo qué quieres decir.

— Ves lo que quiero decir -repito-. ¿Cómo no vas a verlo? ¿Estás seguro de que son zapatos?

— Son zapatos, desde luego -dice-. Supongo que no te gustan. ¿Nada? ¿Ni siquiera olvidando los tacones?

— Claro que sí -digo, sosteniendo un zapato en cada mano, sintiendo el ante suave como el terciopelo-. ¿Cómo no me van a gustar? Son sensacionales. Claro que es difícil olvidarse de tan estrafalarios apéndices, y seguro que te han costado una fortuna.

Se encoge de hombros, repentinamente avergonzado.

— Mira -dice-, en realidad, no son para usarlos; quiero decir en la calle — señala los paquetes de Bendel-. Son sólo para nosotros. Para mí, en realidad. Para los dos. Me gustaría que... quiero decir... Pero, si tan poco te gustan...

De pronto, tiene diez años menos que yo; un hombre muy joven invitándome a tomar una copa, seguro de que voy a rechazarla. Nunca le he visto así.

— Querido -digo, abrumada, presurosa-, son preciosos, toca la piel, claro que me los pondré.

— Me alegro -dice, aún con indicios de timidez-. Estaba deseando que te los probaras; siempre hay posibilidades de que lleguen a gustarte -y, de nuevo, feliz-. Ponte esa cosa.

Así lo hago. Como hasta esta noche -y esta noche por última veznunca he llevado encima más que una camisa, no tardo mucho, aunque poner las costuras rectas es más complicado de lo que pensaba. Los zapatos me quedan perfectos.

— Me llevé tus zapatos negros -dice-. E insistí hasta que encontraron a una chica de esa talla y se probó nueve pares hasta que me decidí por éstos.

Gracias a Dios, eres de una talla normal.

Los tacones me hacen tan alta que nuestros ojos quedan casi al mismo nivel. Me abraza levemente, me pasa las manos por los costados hasta llegar a los pechos, mueve las palmas de las manos, con los dedos abiertos, en pequeños círculos centrados en mis pezones. Su rostro permanece inexpresivo. Las pupilas grises, que mis ojos enfocan, reflejan dos caras en miniatura. Sus manos descienden por mi esternón hasta el ligero. Sigue sus perfiles alrededor de mi cuerpo; después, una por una, las cuatro ligas hasta donde empiezan las medias. Estamos casi en la oscuridad. Enciende la lámpara de pie que tenemos detrás y dice:

— Quédate aquí.

Vuelve al sofá, se sienta y dice, la voz ronca:

— Ahora, ven aquí. Tómate tu tiempo.

Recorro lentamente la alfombra. Doy pasos pequeños, cautelosos, con el cuerpo inclinado en una posición que le es extraña. Mis brazos cuelgan torpemente de sus articulaciones. Algo ruge en mis oídos, ampliando el sonido de mi respiración.

— Ahora, date la vuelta -dice cuando estoy a pocos pasos del sofá. Apenas le oigo.

— Y levántate la camisa.

Me doy la vuelta y me quedo muy erguida, sujetando con los codos los faldones de la camisa. -¿Te he decepcionado? -digo, en lo que resulta ser una voz aguda y desafinada. -¿Bromeas? Eres algo digno de verse -murmura a mis espaldas-, algo digno de verse, querida.

Mis ojos se cierran. Escucho el rugido que atruena en mis oídos; hasta el último centímetro cuadrado de mi cuerpo ansía ser tocado. Tratando de aclarar mis oídos, sacudo la cabeza, se me mete el pelo en la boca; por favor, pienso, por favor.

— Ponte a cuatro patas -dice-. Y levántate la camisa. Levántatela. Quiero verte el culo.

Contemplo la espesa trama de la alfombra, de color gris vivó, ahora a poca distancia de mi rostro.

— Camina a gatas -dice, en voz muy baja-. "Gatea hasta la puerta. Gatea por el cuarto.

Muevo hacia adelante el brazo derecho, la rodilla derecha, el brazo izquierdo. Me pregunto si son los elefantes los que lo hacen de otra forma. La rodilla izquierda. Estoy suspendida en un silencio roto de pronto por la apagada conversación de alguien que camina por el pasillo exterior al apartamento. Se oye un portazo. El violoncelista del piso de abajo empieza a practicar y me concentro, interesada, en su característica explosión inicial.

Siempre había supuesto que los músicos se calientan despacio, como los corredores. Este empieza con gran energía y volumen, que va disminuyendo a lo largo de sus tres horas de práctica. Es calvo y hosco, me he tropezado con él en el ascensor.

— No puedo -digo.

Parece que el sonido de mi voz ha hecho derrumbarse mi cuerpo.

Durante un segundo tengo la cara aplastada contra la alfombra, que parece impecablemente lisa, vista desde arriba, pero que es menos suave para la piel que lo que se supone. Me siento, erguida. La altura de los tacones me impide sentarme en la posición que repentinamente ansío: las rodillas pegadas a la barbilla, con los brazos alrededor.

— Cuéntame -dice, con voz neutral.

— Me siento estúpida -digo-. Me hace sentirme idiota.

La única lámpara encendida, al otro lado de la habitación, no da bastante luz como para que pueda ver la expresión de su rostro. Cruza los brazos detrás de la cabeza y se recuesta en los cojines del sofá. Me levanto, me tambaleo, digo:

— Esta alfombra pica.

Hablo en voz muy baja, pero como si comunicara una información valiosa... y me siento en la primera silla que encuentro. Cruzo los brazos sobre la pechera de la camisa, que he enroscado a mi

alrededor. Una de las mangas se ha soltado y tiro del puño para cubrirme los dedos y cerrar la mano por debajo de la tela:

— No es precisamente la primera vez que hablamos de este asunto -dice sin mirarme-. Detesto hacer maletas. Detesto aún más deshacerlas. La última vez me costó una semana entera deshacer tu maleta.

Debajo, el violoncelo gime violentamente, como desollado por un loco.

— Lo que no comprendo es por qué no eres capaz de pensar que te van a pegar, por qué hay que hacerlo siempre de verdad. Antes de decirme que no, que no quieres hacer algo, ¿por qué no te formas en la cabeza una imagen mía quitándome el cinturón? ¿Por qué no recuerdas, de una noche a otra, lo que sientes cuando cae sobre ti? Tenemos que negociar como putas todas y cada una de las veces y, al final, siempre acabas haciendo lo que te digo.

— No -digo, imperceptiblemente al principio-. No, por favor...

Ahora se inclina sobre mí, apartándose el pelo de la frente.

— Me siento como un perro -digo-, andando a gatas. Me da miedo que te burles de mí.

— Haces bien en sentirte idiota -dice-. Vaya montón de mierda. Si alguna vez me burlo de ti, ya te lo haré saber.

Sacudo la cabeza, enmudecida. Ceñudo y mirándome intensamente, camina hacia mí y pasa a mi lado. Estoy sentada rígidamente en el borde de la silla, con las rodillas apretadas una contra otra, los antebrazos aplastados contra los músculos del estómago. Siento sus manos en mis hombros. Me echa hacia atrás hasta que mis omóplatos tocan la tapicería. Después, me pone la mano en el pelo, masajeando el cuero cabelludo, cerrando el puño, tirando lentamente hacia atrás hasta que mi cara queda horizontal, la coronilla apretada contra su polla. Me frota la parte baja de la cara con el bajo de la mano. No tardo en abrir la boca. Cuando empiezo a gemir uniformemente, sale de la habitación y regresa con la fusta. La deja encima de la mesa del café.

— Mírala -dice-. Mírame. En tres minutos, puedo dejarte de tal forma que tendrías que pasar una semana en la cama.

Pero apenas le oigo. El inadecuado, minúsculo pasadizo, esa fibra capilar que tengo en la garganta en lugar de tráquea sólo permite el paso de pequeñas bocanadas de aire. Mi boca abierta se siente magullada.

— Gatea -dice.

Otra vez a gatas. Aprieto la cara fuertemente contra el hombro derecho y siento que el temblor de mi barbilla, en vez de calmarse, se transmite de hueso a hueso hasta que empiezan a temblarme los brazos y las piernas, hasta los dedos de los pies. Oigo el roce de la

punta del mango cubierto de cuero sobre el tablero de la mesa. Un dolor abrasador brinca por la cara posterior de mis muslos. Las lágrimas acuden a mis ojos repentinamente, como por arte de magia. Como si me hubieran liberado de un estupor peligroso, gateo desde la silla hasta la puerta del dormitorio, flexible y ágil hasta la lámpara al otro extremo de la habitación; un gato que ronronea ruidoso teje figuras de ochos en torno a mis brazos. Ambas medias se desgarran por las rodillas y siento una carrera que asciende a tirones por cada uno de mis muslos. Cuando estoy a punto de llegar de nuevo al sofá, me alcanza, me empuja al suelo, me pone boca arriba.

Es la primera vez con él, y la primera vez en mi vida, que me corro al mismo tiempo que mi amante. Después, me lame la cara. En cada punto siento, primero, calor y, luego -cuando su lengua se desplaza-, un frío repentino al evaporarse el sudor y la saliva con el aire acondicionado.

Cuando se detiene, abro los ojos.

— Pero, de todas formas, me pegas -susurro-, incluso cuando hago lo que tú...

— Sí -dice.

— Porque te gusta pegarme -susurro.

— Sí -dice-, y ver cómo te encoges, sujetarte y oír tus súplicas. Adoro los ruidos que haces cuando no puedes quedarte callada, cuando ya no puedes controlarte. Adoro ver los cardenales en tu cuerpo y saber a qué se deben, las marcas del látigo en tu culo.

Me estremezco. Se estira hacia atrás y saca de un tirón la vieja manta que guarda doblada bajo un cojín en un extremo del sofá. La sacude hasta abrirla, me cubre con ella, metiéndome el desgastado ribete de raso bajo la barbilla, y dice:

— Y también porque tú quieres.

— Sí quiero -susurro-. Nunca cuando... nunca mientras...

— Lo sé -dice cerca de mi oreja, sus manos profundamente metidas en mi cabellera, prietas y tranquilizadoras sobre mi cuero cabelludo.

Nadie vio mi cuerpo, salvo él, un muchacho llamado Jimmy, y una mujer cuyo nombre no me dijeron. A veces, en la bañera, o cuando veía por casualidad mi imagen en el espejo, contemplaba mis cardenales con la desenfocada curiosidad que reservamos para las fotos de los primos de otra gente. No tenían nada que ver conmigo. Mi cuerpo no tenía nada que ver conmigo. Era un señuelo, para ser utilizado en la forma que él decidiera, con el fin de excitarnos a los dos.

Cuando me está desnudando para bañarme, dice:

— He contratado a un masajista para esta noche.

Deja caer mi blusa en las baldosas blancas del cuarto de baño.

Doy un paso para salir de la falda y me siento en el borde de la bañera, mientras él me quita los zapatos; después, vuelvo a levantarme para que me baje las bragas. Le gustan mis bragas - algodón blanco, de Woolworth. También le gusta esta falda; esta mañana, cuando me la deslizaba meticulosamente caderas arriba, dijo:

— Esta es la falda que mejor te sienta, hace justicia a tu culo.

Le observo mientras se inclina sobre la bañera y pone el tapón; tras un instante de vacilación, alarga un brazo para coger un paquete brillantemente impreso, metido a presión entre las botellas alineadas en la repisa interior de la bañera. Se inclina de nuevo hacia adelante para abrir el grifo, prueba la temperatura del agua, ajusta el mando de la izquierda, deja caer con esmero bajo el chorro del grifo una cantidad moderada de polvo verde.

Pienso repentinamente cuán insólito es su aspecto: un hombre vestido con un traje de negocios bien cortado, con la corbata perfectamente colocada entre dos puntas de cuello almidonado, como si se dispusiera a dirigirse a los participantes en una reunión comercial, o a hablar ante una cámara de TV a la hora de las noticias, o a escuchar otra historia de desavenencia conyugal ante un tribunal. Pero, en lugar de hacer algo más apropiado a su indumentaria, se inclina sobre una bañera humeante, apoyando una mano en el borde, mientras con la otra remueve la espuma que crece rápidamente.

Olfatea.

— No está mal, ¿verdad? Tal vez un poco dulce, no tan impregnado de hierbas, como exhiben en el paquete, pero al menos es agradable.

Asiento. Me sonrío con tal calor, con tanta felicidad, que siento un nudo en la garganta; todo cuanto uno necesita en la vida es una pequeña habitación llena de vapor y un aroma de espliego sobre una corriente interior de menta.

Se va y regresa con las esposas. Las coloca en las muñecas que le tiendo y me agarra por el codo mientras me meto en el agua, que está casi demasiado caliente pero estará, lo sé muy bien, perfecta en cuanto extienda mi cuerpo en ella.

La bañera es profunda y está llena en tres cuartas partes. Tengo que levantar la barbilla para evitar que me entren burbujas en la boca. No se afloja la corbata ni se quita la chaqueta hasta que ha cerrado el grifo y me ha mirado una vez más.

Le oigo revolver por la cocina, sus pisadas muy claras en las baldosas, mitigadas después por la alfombra del salón...COMPARTIO LOS SECRETOS DE MI ALMA...

Kris Kristofferson se desliza sobre colinas de espuma: Sólo hemos escuchado WQXR una vez desde que le mencioné de pasada, en el

curso de Dios sabe qué conversación olvidada, que la emisora que ahora se oye es mi preferida. Me había dicho que estaba programado un oscuro Vivaldi que nunca había oído.

— No tienes que darme explicaciones -me había lamentado yo-. Cambia de emisora, estamos en tu apartamento.

Había sonreído, guiñado un ojo y dicho que ya lo sabía; después, decidió que no había sido un Vivaldi de primera, pero que había valido la pena escucharlo, a pesar de todo. ...TODAS LAS NOCHES ME protegíA DEL FríO...

Vuelve con un vaso de Chablis, se pone en cuclillas al lado de la bañera, inclina el vaso con la mano derecha para que yo beba de él... ... CAMBIARIA TODAS MIS MAÑANAS POR UN SOLO AYER... ... aparta con la mano izquierda las burbujas de mi barbilla. El vino está frío como el hielo en mi lengua... ... ESTRECHANDO EL CUerPO DE BOBBY CONTRA EL Mío...

Se sienta cómodamente en el retrete, se desabrocha el chaleco con una mano, bebe tres largos tragos.

— Se llama Jimmy. Por teléfono, parecía irlandés. ¿Has oído hablar alguna vez de un masajista irlandés?

— No -digo riéndome como una tonta. ...LIBERTAD SOLO ES UNA FORMA DE DECIR...

— Creí que eran todos suecos. ...NADA QUEDA QUE PERDER...

— Yo también -dice-, o posiblemente franceses. ... NADA VALE NADA... -¿Para qué viene? ...PERO ES GRATIS...

— Para bailar un zapateado en el mostrador de la cocina; ¡qué pregunta más estúpida! ... SENTIRSE BIEN ERA FÁCIL, SEÑOR...

— Ese masaje que me contaste te dieron una vez... ... SENTIRME BIEN ERA PARA MI SUFICIENTE... ...Pensé que te gustaría que te dieran otro.

Sí, eso es, pienso. No puedo simplemente decir algo -cualquier cosa y darla por olvidada. Presta atención a lo que digo, es difícil habituarse, uno no tropieza a menudo con tan extraña costumbre. No hay nada que simplemente le divierta o interese en aquel momento, siempre saca alguna consecuencia. Si estoy leyendo el Newsweek y le leo en voz alta un párrafo de la crítica de un libro, esa misma semana me compra el libro. En mitad de una conversación que se prolonga durante horas, los dos medio borrachos, cuenta que cogía moras detrás de la casa de una tía donde pasó un verano cuando tenía nueve años, y yo digo: -¡Moras! ¿ No te encantan las moras?

A eso de medianoche, dice:

— Voy a comprar el periódico.

Regresa a la media hora y lleva, desde luego, el Times bajo el brazo, pero, debajo del otro, lleva una bolsa de papel marrón y, dentro; un recipiente con moras. Las lava, las limpia, las escurre

mientras leo la sección de Arte y Ocio. Y también ha comprado una pinta de crema espesa; echa un montón de moras en un gran cuenco de ensalada y me da de comer hasta que digo:

— Si tomo una cucharada más, devolveré.

Y él sonríe y se come las pocas moras que han quedado flotando en la crema. -¿Dónde demonios las has conseguido a estas horas? -se me ocurre finalmente preguntarle.

— Las cultivo -dice solemnemente- en la esquina de la Sexta con Greenwich -y bebe ruidosamente lo que queda del líquido, sujetando el cuenco con ambas manos.

El masajista llega a las ocho menos cinco. Parece tener unos veinte años. Es bajo y robusto, con abundante y ondulado pelo rubio y abultados bíceps bajo una camiseta azul oscuro y una chaqueta de plástico. Lleva pantalones vaqueros y zapatos de lona, y acarrea una toalla y un frasco de aceite en una bolsa de vuelo de Icelandic. Me quito la camisa, cuando me lo indican, y me tumbo boca abajo en la cama.

— Voy a mirar -comunica él al silencioso Jimmy-. Me gustaría aprender lo que haces, para hacerlo yo mismo cuando no estés disponible.

— Siempre disponible -gruñe Jimmy, y cae en picado sobre mis hombros. Sus manos, lustrosas de aceite, son mucho más grandes de lo que podía pensarse por su altura... enormes y cálidas. Mis brazos descansan, muertos; tengo que hacer un esfuerzo para evitar que se me abra la boca.

Las palmas de sus manos se abren camino por mi caja torácica, lentas, hundiéndose profundamente, avanzando con seguridad. Otra vez los hombros y otro recorrido que empieza en la cintura. Estoy a punto de gruñir de placer cada vez que sus manos se deslizan hacia abajo.

— Déjame probar -dice su voz encima de mí.

Las grandes manos se levantan. Mis párpados pesan tanto como si los tuviera cerrados bajo el agua. Estas manos son más frescas; comparadas con las otras, me tocan con ligereza. El masajista le corrige sin palabras, hace una demostración; después, las manos frescas caen de nuevo sobre mí, esta vez más pesadas, grandes zarpas en mis muslos, evitando la toalla que me cubre las nalgas. Después las pantorrillas, después los pies. Maestro y alumno cogen por turnos un pie con una mano y aplican una exquisita presión con la otra. Me dan la vuelta. El proceso se invierte en la parte anterior de mi cuerpo. Hace ya rato que no puedo contenerme y gimo de felicidad bajo los brazos de oso que me aplastan sobre las sábanas. El repite cada uno de los movimientos del masajista, ahora con mucha menos vacilación y un efecto parecido al que producen las manos de un monstruo.

Mis músculos están ardiendo, flotando. Se acabó. Alguien me tapa con una sábana y apaga la luz.

Oigo el vertiginoso silbido que emite una manga de nylon cuando alguien enfila por ella un brazo. La puerta del frigorífico se cierra con fuerza.

Se abren dos latas de cerveza. Durante un rato se oyen murmullos, que me adormecen aún más. Estoy casi dormida. ...veinticinco extra.

Encienden de nuevo la lámpara de la mesilla. Me dicen que me tumbe cruzada sobre la cama, boca abajo. Me bajan la sábana sobre las piernas.

Oigo el chirrido de la puerta del armario, el crujido explosivo de una sábana limpia que se libera de los pliegues de la lavandería; el algodón fresco se desliza por mis hombros y mi espalda. Se desabrocha la hebilla de un cinturón. Oigo el roce del cuero que sale de un tirón por las trabillas de tela.

La piel de la parte posterior de mi cuerpo está dividida en segmentos bien diferenciados: las zonas que han sido objeto del masaje están tranquilas, en reposo debajo de las sábanas; la piel que queda ahora expuesta se eriza en tensión, y la leve brisa del acondicionador de aire se filtra por cada uno de los poros. -¿Qué pasa, Jimmy?

Se escucha un gruñido.

— Se ha equivocado de hombre.

Alguien se aclara la garganta.

— No lo has entendido -habla sin inflexiones-. Ya te he dicho que no le vas a hacer daño, te lo prometo. ¿Ves cómo no se resiste? ¿Pide acaso socorro a los vecinos? Lá pone ca liente, te lo digo yo, esto es lo que la excita.

— Pues péguela usted.

— Vale, treinta.

El colchón se hunde bajo el peso de un cuerpo que se instala a mi derecha. Siento unos cuantos golpes y escondo la cabeza en el hueco de un codo.

— A ese ritmo no vas a acabar nunca.

Su voz se oye muy cerca de mi cabeza, huele a cerveza y a sudor. El colchón vuelve a moverse a mi lado, cuando el cuerpo a mi derecha desplaza su peso. Una mano me coge por el pelo y me levanta la cabeza. Abro los ojos.

— Treinta y cinco.

Los golpes son más fuertes. El está agazapado en el suelo, al lado de la cama. Nuestras caras casi se tocan. El blanco de sus ojos está inyectado en sangre, sus pupilas dilatadas. No puedo evitar encogerme y empiezo a retorcerme.

— Cuarenta -dice, sin alzar la voz. Le reluce la frente. El cuerpo encima de mí apoya una rodilla en mitad de la espalda, y mi boca se abre de par en par bajo el efecto del siguiente golpe. Lucho en silencio, procurando arrancar su puño de mi pelo con una mano y apartar su cara de la mía con la otra, pataleando. Me agarra y junta las muñecas, las aferra en una llave feroz, me coge de nuevo por el pelo, me levanta la cabeza.

— Vamos, bastardo, cincuenta -sisea, y me cubre la boca con la suya.

El siguiente golpe me hace gemir en su boca; tras el siguiente, consigo desasirme y chilló.

— Basta ya, Jimmy -dice, como si hablara a un camarero que le ha servido una ración demasiado grande, o a un niño presa de una ligera rabieta al final de un día agotador.

Durante todo aquel período, las reglas diurnas de mi vida siguieron siendo las mismas: era independiente, me mantenía yo misma (o al menos pagaba mis almuerzos y mantenía un apartamento vacío, con las cuentas de gas y teléfono reducidas al mínimo), tomaba mis propias decisiones, escogía mis opciones. Las reglas nocturnas decretaban que era desvalida, dependiente, encomendada por completo a los cuidados de otro. No se suponía que tomase decisiones, no tenía responsabilidades. No tenía elección.

Me encantaba. Me encantaba, me encantaba, me encantaba, me encantaba.

Desde el instante mismo en que cerraba a mi espalda su puerta de entrada, no tenía nada que hacer, estaba allí para que me hicieran cosas.

Otra persona controlaba mi vida, hasta el último detalle. Así como me habían privado de control, yo, por mi parte, estaba autorizada a no controlarme. Durante semanas y semanas, me sentí inundada de una abrumadora sensación de alivio por haberme descargado del peso de mi edad adulta. La primera y última pregunta de cierta importancia que me plantearon fue: ¿Me dejas que te vende los ojos?. A partir de entonces, no se volvió a plantear mi aceptación o mi protesta por algo (aunque, en una o dos ocasiones, mis escrúpulos pasaron a formar parte del proceso: para evidenciarme mi adicción); yo no tenía que ponderar prioridades o alternativas... prácticas intelectuales o morales, ni tenía que pensar en las consecuencias. Sólo me quedaban el voluptuoso lujo de convertirme en observadora de mi propia vida, la renuncia absoluta de mi individualidad y el entregado deleite de abdicar de mí misma.

Cuando me despierto, no me encuentro bien. Después del desayuno, no he mejorado y, a las once de la mañana, estoy peor. A la hora del almuerzo, me encuentro muy resfriada. Me hago subir un

vaso de cartón con caldo de pollo para tomar en mi despacho, pero la primera cucharada me sabe a aceite rancio y no puedo forzarme a tomar otra. A las tres de la tarde, decido que no es una indisposición pasajera. Comunico al recepcionista que estoy enferma y me marcho a casa... a mi apartamento.

Apenas puedo cerrar la puerta a mis espaldas. El olor a cerrado me rodea. En el apartamento hace un calor asfixiante. Las partículas de polvo bailan frente a las ventanas cerradas, el espejo encima de la chimenea está iridiscente bajo el cruel resplandor. Me arrastro hasta la cama, tiritando incontroladamente, pero incapaz de meterme entre las sábanas. Doy varios tirones a la colcha que tengo debajo hasta que, por fin, encuentro un lado suelto y me lo echo sobre los hombros. El sol me da en pleno rostro, mi cara parece a punto de incendiarse. Cuando levanto la cabeza de la almohada, en un esfuerzo por levantarme de la cama y bajar las persianas, me mareo tanto que no puedo mantener los ojos abiertos.

El teléfono me despierta en mitad de una pesadilla donde me consumen hordas de desmesuradas hormigas de fuego. Echo a un lado la colcha y acerco el auricular a la oreja sin abrir los ojos. -¿Qué te pasa? -dice él.

— Debo haber cogido algo -murmuro, sintiendo ahora tanto frío como si estuviera tumbada sobre hielo y no sobre poliéster de algodón que no necesita plancha.

— Ahora mismo voy -dice.

El teléfono emite un chasquido y, después, un zumbido.

— No vengas -digo, y me llevo al pecho la mano que sujeta el auricular.

Estoy realmente enferma, pienso, visualizando la palabra a través del giróscopo que llevo dentro de la frente. Nunca estoy enferma, pienso, y en mitad del verano es lo más ridículo, lo más...

Esta vez me despierta el timbre de la puerta. No me muevo. Suena, intermitentemente, una y otra vez. Por último, el ruido me parece más desagradable que el levantarme. Llego hasta la puerta sin abrir una sola vez los ojos.

Mientras repito insistentemente que quiero quedarme, me recoge, cierra la puerta de una patada y me lleva hasta el ascensor.

— No soporto a la gente cuando estoy enferma, detesto tener gente a mi alrededor -murmuro en su cuello-. Quiero estar enferma en mi propia cama — digo finalmente, elevando la voz lo más posible.

— No tan enferma -dice, sosteniéndome erguida en el ascensor-.

Estoy demasiado mareada para contestarle. Medio me lleva, medio me arrastra hasta el taxi que espera. Hay un lío de brazos y piernas y otro viaje en otro ascensor; después, estoy en la cama que ya conozco mejor que la mía, desvestida y con una de sus camisas.

A través de una neblina, dice:

— Salgo a comprar un termómetro.

Cristal frío en mi boca al poco rato; después, nada y, más tarde, su voz.

Una mano me sacude el hombro.

— Este es... amigo mío, aún hace visitas a domicilio.

Un hombre con las mejillas sonrosadas se inclina sobre mí, mostrando unos dientes cuadrados y lustrosos que se ordenan y desordenan constantemente y a una velocidad aterradora. Una cuchara en mi boca, alguien tantea. Después, otra vez su voz: ...a buscar estas cosas a la farmacia.

Después, píldoras que tragar. Tengo aún la intención de explicarle que no quiero ver a nadie cuando estoy enferma, algo en que me obstino desde la adolescencia. Pero me duele demasiado el cuerpo, y en ese preciso instante no parece lo bastante importante como para compensar el esfuerzo.

Me despierto en una habitación mortecina, donde el despertador marca las cuatro. Los músculos me duelen aún más que antes, pero, al menos, ya no estoy mareada.

— Eso se llama dormir todo el día -dice desde la puerta-. Me alegro que te hayas despertado, tienes que tomar más píldoras. -¿Qué me estás dando? -pregunto.

— Lo que te ha recetado Fred. Tienes la gripe. -¿Qué haces aquí? -pregunto, y él sonríe.

— Vivo aquí.

Estoy demasiado débil para bromas. -¿Por qué no estás en la oficina?

— He avisado -dice-. También a la tuya. Necesitas alguien que te cuide un par de días.

— No necesito a nadie -digo, pero, a media frase, comprendo perfectamente que sí, que necesito a alguien conmigo; sí, hace bien en quedarse en casa conmigo y sí, necesito que me cuiden. No digo nada más, y él tampoco.

Se quedó en casa todo el día siguiente y la mañana del otro. Pasé cinco días en cama y el fin de semana dormitando y sentada en el sofá del salón.

El compró una mesita de cama, un aparato muy complicado, con patas y un compartimento lateral para los periódicos, y una repisa que se inclina y oscila como un atril. Me dio aspirinas y antibióticos. Preparó un brebaje que bebí durante tres días antes de preguntar qué era; resultó ser una tercera parte de zumo de albaricoque, otra de zumo de toronja y otra de ron, calentado a punto de hervir. Pasaba el tiempo sentada en su dormitorio, con el aire acondicionado en marcha y el mes de julio hirviendo afuera, como en otro continente. Dentro,

las persianas estaban echadas; con su jersey de esquí sobre los hombros, bebía el humeante líquido amarillo y dormía bien después de cada taza. Después, sopas y, luego, batidos que compraba en la esquina; alternando vainilla y fresa; finalmente, nuestras comidas habituales, de acuerdo con su calendario de rotación. Para entonces, ya pasaba períodos más largos despierta. Tenía la cabeza clara, aunque el cuerpo seguía doliéndome como si lo hubieran dejado caer desde una gran altura. Arrastró la televisión hasta el dormitorio y puso el dispositivo de control remoto en la almohada contigua a la mía. Trajo un montón de revistas. Al atardecer, se sentaba en la silla al lado de la cama y me contaba todos los chismes que había recopilado concienzudamente invitando a almorzar a uno de mis colegas. Después, leía el periódico en voz alta. Me enseñó a jugar al póker y me dejaba ganar.

Dormía en el sofá del salón.

No me habían cuidado tan bien desde que tuve la varicela, a los ocho años.

Hoy es el último día para comprarle un regalo de cumpleaños a mi madre y que le llegue a tiempo. Es sábado y hace un calor abrumador. Sin embargo, nadie sospecharía que afuera la temperatura es de treinta y dos grados; el aire de los almacenes Saks está perfectamente acondicionado, a pesar de las hormigueantes hordas de clientes. Estamos inclinados sobre uno de los mostradores de la sección de joyería, manoseando medallones y finas cadenas de oro. He reducido las posibilidades a un medallón en forma de corazón y otro que se abre para revelar un diminuto ramo de nomeolvides pintado a mano, cuando me susurra:

— Róballo.

Doy un respingo, derrumbando la montaña de paquetes que la mujer de al lado ha embutido entre el mostrador y el muslo levantado. Su espalda se está alejando de mí en el tumulto.

Me arden las orejas hasta tal punto que van a incendiarme el pelo.

Espero que me baje la sangre de la cabeza, observo los latidos de una vena en la mano izquierda, que reposa sobre el mostrador, pierdo la pista de la vena y me miro la mano: se ha cerrado sobre el medallón en forma de corazón.

La vendedora está a un metro a mi derecha. Tres clientes le están hablando al mismo tiempo. Tiene ojeras, y la piel que rodea su sonrisa está tensa. No es justo robar un sábado, me dice una vocecilla dentro de la cabeza. Mírala: está aferrada al borde del mostrador como si la hubieran sitiado, está cansada, está sobre todo cansada de ser cortés; con gusto nos gritaría a todos: ¡Dadme un respiro! ¡Esfumaos! ¡Quiero irme a casa!. Es una putada, dice la vocecilla, al menos podías haber

elegido un martes por la mañana; ¿por qué te has pasado años sin quedarte con unos míseros diez centavos olvidados en una cabina telefónica para ponerte ahora a robar en las tiendas a estas alturas de tu vida...? Cojo el segundo medallón con la mano derecha, cojo también la cadena de oro más cercana y digo en voz alta, mirando a la vendedora:

— Me llevo éstos, quiero éstos, por favor.

Me sonrío y dice:

— Es mi preferido.

Saco torpemente mi tarjeta de crédito, firmo el recibo, cojo apresuradamente la bolsa de papel... El está apoyado en una señal de parada de autobús al otro lado de la calle Cincuenta. Me saluda con un amplio ademán del brazo mientras golpea con los nudillos en la ventanilla de un taxi que se desliza a su lado. Me espera, sujetando la puerta abierta, hasta qué cruzo la calle y me siento en el lado opuesto del asiento. Da la dirección al conductor y dice, satisfecho consigo mismo:

— Te has tomado tu tiempo, y encima con aire acondicionado.

Sólo entonces extiende la mano abierta hacia mí. Dejo caer el medallón -resbaladizo por el sudor de mi mano- en la piel seca.

— Me compré otro -digo-. No podía irme así, sin más...

Se ríe, me desordena el pelo con una mano, me atrae hacia él con la otra. Apoyo la cabeza en su pecho. Su camisa está crujiente. Su piel huele tan inmaculadamente a jabón como si acabara de ducharse.

— Eso no es exactamente lo que pretendía -dice-, pero es suficiente -y, con fingido asombro-. ¿Estás temblando?

Me abraza con firmeza.

Está complacido conmigo, pero tan normal, tan sereno que pienso que sabía desde el principio que lo haría, no tenía la menor duda. Muevo la cabeza hasta ocultarla bajo su brazo y cierro los ojos. No hizo falta mucho tiempo, pienso, y realmente muy poco esfuerzo; una travesura.

En cuanto llegamos a casa, escribe una dirección en un sobre, envuelve el medallón junto con la etiqueta del precio (39,95 dólares) en varias capas de papel higiénico y pega un sello en el sobre.

— Corre al vestíbulo y échalo al buzón, se buena chica. El martes ya lo habrán recibido.

Le miro fijamente, después miro el sobre. Chasquea los dedos. - ¿Sabes qué nos hemos olvidado? Papel para envolver el medallón de tu madre. ¿Por qué no dijiste que te lo envolvieran para regalo? Voy a la droguería a comprarlo y espero que, cuando vuelva, ya se te haya ido esa estúpida mirada de la cara. No has asaltado Fort Knox precisamente, ¿no te parece, querida?

Unos días más tarde, me enseña la navaja más bonita que he visto

en mi vida. Estoy sentada en su regazo cuando la saca del bolsillo interior de la chaqueta de su traje. Tiene el mango de plata incrustada en madreperla. Me enseña a sacar la hoja de la vaina con un frívolo chasquido y cómo hacer que el acero reluciente desaparezca de nuevo entre volutas de plata. -¿Quieres probarla?

El ligero mango reposa en mi mano, fresco y preciso, y tan bien conocido como si me lo hubieran regalado hace años: para anunciar la era del consentimiento.

Devuelvo de mala gana el hermoso objeto. Lo abre una vez más, apoya muy ligeramente la punta de la hoja en la piel de mi garganta. Echo el cuello hacia atrás, más atrás, aún más atrás, hasta que no puedo doblarlo más. La punta de acero parece inofensiva... un palillo de dientes.

— No te rías -dice-. Puede atravesarte...

Pero sí me río, y él sabía que lo haría, y, cuando he empezado a reír, hacía tiempo ya que había apartado el palillo de dientes.

— He apartado la punta del cuchillo en el último instante -dice-, en el último instante, ¿comprendes?

— En mi vida he conocido a un hombre que cuente peores chistes que tú -digo, con voz gutural y la cabeza aún arqueada hacia la espalda.

— No trates de excitarme con historias acerca de tus antiguos amantes — dice-. Es de muy mal gusto. Los que hacen eso son basura.

— Eso soy yo -digo-, mostrando finalmente mi verdadera calaña.

— Finalmente, tu verdadera calaña -dice-. ¡Qué insoportable arrogancia!

Como si no hubiera sabido lo que eras desde que te puse los ojos encima. -¿Ah sí? — digo, incorporándome-. ¿Conque ésas tenemos? - ya no sé qué decir después, pero no debía haberme preocupado. Interrumpe mis torpes, medio desarrollados e incoherentes retazos de pensamientos y dice:

— La semana que viene vas a atracar a alguien. Lo más fácil es hacerlo en un ascensor, puedes vestirte con tu traje de Barba Azul, no me digas nada antes de hacerlo. Y ahora quítate de encima, porque ya me has dejado las piernas dormidas para tres días.

Sé inmediatamente en qué ascensor. A menudo he recogido a una amiga en su oficina, a dos manzanas de la mía, para ir a almorzar juntas. Sé que el segundo piso del edificio de su empresa lleva meses vacío, y que la puerta que da al hueco de la escalera no está cerrada. Al día siguiente, tengo una cita a las tres. En media hora, he terminado y cojo el metro hasta su apartamento en lugar de volver a la oficina. El día es húmedo y el viaje de vuelta por la ciudad, incómodo. Me pregunto cómo pueden soportar ir así vestidos a mediados de julio. Estoy sudando bajo la camisa, el chaleco y la

chaqueta del traje, y las mujeres, con sus vestidos sin mangas, me parecen airoosas, como si volaran. Manoseo la satinada forma oblonga en mi bolsillo, confiando en que las instrucciones fluyan de ella como de un libro-talisman.

En más de una ocasión, he intercambiado ademanes de saludo con este portero. El hecho de que no me reconozca me hace sentirme invisible y ligera. Me detengo ante el panel que indica nombres y números de las oficinas del edificio, mirando de soslayo a la gente que tengo a mi izquierda: dos mujeres esperan ante la hilera de ascensores que suben, y un hombre de mediana edad ante la de los que bajan. Doy unos pasos hacia las puertas, ya semiabiertas, de uno de los ascensores que prestan servicio en los pisos uno a dieciocho.

Tres hombres y una mujer salen y pasan en fila india por delante de mí y del hombre de mediana edad. Entro en el ascensor detrás de él. Oprime el botón 9, yo el 2. Las puertas no se han cerrado del todo, y ya tengo en la mano el delgado mango de plata. El chasquido juguetón coincide con el inicio de nuestro ascenso. La punta de la hoja le roza la garganta, que se arquea hacia atrás en un ángulo que se me antoja familiar. Extiendo la mano libre. Una cartera de cuero -aún tibia- reposa en la palma de mi mano cuando se abren las puertas. Salgo. Nos miramos, sombríos como en una fotografía de principios de siglo, hasta que las puertas se deslizan y se cierran. Ninguno de los dos ha hablado. Doy diez pasos hasta el hueco de la escalera, bajo un piso, cruzo una puerta de metal gris y entro en el vestíbulo. El portero está bebiendo de un vaso de Styrofoam y bromeando con el cartero de la tarde. Paso a su lado, salgo por la puerta giratoria, camino dos manzanas hasta el metro, subo las escaleras del metro unas cuantas millas más al sur, ando otras cuatro manzanas hasta su apartamento.

Tengo tiempo suficiente para desvestirme y volver a ponerme mi propia ropa y quitarme la cola de la cara antes de que él llegue a casa... Estoy sentada en el sofá, fingiendo leer el periódico de la tarde.

— Has llegado temprano, ¿no? -dice-. He comprado un solomillo, esta maldita carne vale su peso en oro.

No levanto la vista de la letra impresa, que se nubla bajo mis ojos. Ha dado comienzo una reacción retardada: tengo que concentrarme en un esfuerzo por no sollozar, y procuro comprender por qué me duelen los muslos, por qué los músculos más profundos de mi vagina se abren y cierran, por qué estoy tan excitada como si su lengua me agujoneara hacia un aire enrarecido y cortante.

El periódico se desliza hasta mi regazo sin producir el menor sonido.

Ha descubierto la cartera en la mesa del café.

— Ah... -dice, dejando su cartera de documentos-. Abrela.

Abrela... abre... ábrela; mi cuerpo interpreta las palabras como si

no tuviera nada que ver con la cartera. Me deslizo del sofá y me arrodillo delante de la mesa baja. El se sienta detrás de mí, frotándose el cuello y los hombros. Saco, sucesivamente, una pequeña libreta de direcciones, un talonario de cheques, una tarjeta American Express, una tarjeta Diner's Club, una tarjeta Master Charge; un permiso de conducir, un lápiz negro, delgado, recargable, un pedazo de papel arrugado con dos números de teléfono garrapateados con un bolígrafo; la tarjeta de una floristería, la tarjeta de una funeraria, un anuncio por palabras arrancado del Village Voice, ofreciendo servicio de carpintería a precios reducidos, un recibo color rosa de un tinte en la Tercera Avenida y trescientos veintiún dólares.

— Hum -dice.

Ha apoyado la barbilla en mi hombro derecho. Su brazo izquierdo se ha enroscado a mi cuerpo, la palma de su mano me acaricia los pechos. Su brazo derecho -metido entre mi caja torácica y mi codo derecho- se extiende por delante de mí hacia el tablero de la mesa, donde coloca el contenido de la cartera en ordenada fila.

— Leonard Burger, 14 de agosto de 1917 -lee en el permiso de conducir hablándome a la oreja-. Le pusieron muy bien el nombre... Nuestro Leo es Leo. Salvo que le llamen Len. Pero, ¿qué piensas de la tarjeta de la funeraria? ¿Y por qué el carpintero? ¿Estaría acaso estudiando el precio de los ataúdes? Debió desanimarse ante los que había en el mercado y decidió confiar el trabajo a un baterista drogado que es un manitas con la sierra. ¿O simplemente necesita muebles de cocina nuevos?

Me dice que llame a los números escritos en el pedazo de papel arrugado, me pasa el teléfono; uno de los números comunica y sigue comunicando, el segundo no responde.

— Esto empieza a perder su encanto -dice-. Llama a Len. Leo. Dile que tiene su cartera en la papelería de la calle, ahí abajo. -¿Aquí? -digo-. ¿Quieres que venga aquí?

— Será divertido observarle.

— No sabemos su teléfono -digo, sin reconocer mi voz. Mi comportamiento en el ascensor es ahora insondable para mí.

Señala la primera página de la libreta de direcciones: SE RUEGA DEVOLVER A..., dice. Detrás, está su nombre, una dirección y, debajo de ésta, un número de teléfono. Contesta una mujer.

— La cartera del señor Burger está en la esquina... -¿Qué? -dice, en una voz muy aguda¿Quién..?

Pero él me indica por señas que cuelgue.

— Le doy media hora -dice y sale de la habitación para prepararme el baño. Cuando me lleva otra vez a la ventana del salón, la ensalada está preparada y la mesa puesta.

Esperamos de pie, pegados el uno al otro. Su mano recorre

incesante los perfiles de mis nalgas. Un cochecillo amarillo se detiene al lado de la acera, a muchos metros debajo de nosotros. Un hombre diminuto sale de él.

El coche de juguete se aleja mientras el hombre de juguete se precipita hacia una papelería de broma.

— Prueba con esto -dice en voz baja y, cuando le miro, sonrío y me pasa sus prismáticos.

Un rostro en cinemascopio, tenso y gris, se acerca al mío. Reconozco la verruga de la mejilla izquierda. Gruesas gotas de sudor brillan en una frente surcada por numerosas arrugas. El lóbulo de una oreja, bajo una espiga de pelo gris que sobresale del orificio que tiene encima, parece, incongruentemente, haber estado antaño perforado.

El ha escondido la cartera bajo una simple capa de periódicos. -¿Y si la encuentra otro antes? -le pregunté.

— Mala suerte para Leonard.

Pero nadie se ha llevado la cartera, no tiene ni que rebuscar. Las manos de gigante, con su tela de araña venosa, se ciernen sobre la papelería, levantan cautelosamente una desmesurada página deportiva; una correa de reloj Spandex refleja la luz del sol, ya muy bajo. Dejo los prismáticos. El hombre de juguete coge rápidamente una mota de polvo, se queda inmóvil, mueve la cabeza, hace señas con un brazo diminuto a un pequeño modelo de taxi, desaparece.

Una ola de náusea me sube desde la boca del estómago. Trago abundante saliva. El sabor amargo dura únicamente un instante. Estiro los brazos cuan largos son por encima de la cabeza y siento -mientras los músculos de los hombros responden a la tensión, así como la faja muscular que me atraviesa el pecho y, más abajo, los músculos del estómago- que, en mi cuerpo, se ha iniciado un cambio. un deslizamiento, mientras aún temía vomitar. La agitación se acelera y profundiza, recoge pequeños riachuelos que acuden, colmados, por doquier. Me hace girar bruscamente, con las manos como abrazaderas de acero sobre mis hombros, y me sacude, mientras mi cabeza oscila. Sus manos se cierran sobre mi garganta. Me deslizo al suelo, con los ojos cerrados. Bajo el círculo que forman mis brazos unidos por las muñecas hasta su cuello y entrelazo los tobillos sobre el centro de su espalda.

— Casi no ha valido la pena, ¿no te parece? -me sonrío hacia abajo, por encima de un tenedor que sostiene un trozo de filete-. Cualquier programa de Objetivo Indiscreto es más divertido.

Pero sus ojos brillan como si tuviera décimas, y no necesito preguntarme si a los míos les pasa lo mismo.

Jamás había permitido a nadie que leyera mi diario. Lo había llevado caprichosamente, a veces escribiendo con intensidad entre los bandazos de un vagón de metro (tapando la página con una mano

para que no la vieran los pasajeros de pie a mi lado, lanzando tímidas miradas de reojo a los que estaban pegados mis muslos a derecha e izquierda); a veces, con la misma timidez, en el despacho, entre dos citas: la una demostración a un cliente y una reunión de personal quince minutos después; otras veces, por la noche, sola, a un metro de un Kojak de tres pulgadas, mudo y brillante, corriendo pesadamente por una calle ventosa, mientras el bandido de turno escapa por una esquina, derribando silenciosamente en la acera los cubos de basura; otras veces aún, encerrada en cuartos de baño, sentada en una fría tapa de retrete, el grifo abierto para ocultar al hombre que aún había en mi cama que estaba escribiendo: Esto empieza a ser... solía querer... hace mucho que se ha terminado...

Anotaciones diarias, obsesivas, durante meses, que luego abandono sin razón clara durante medio año, anotando simplemente frases esporádicas: 8 de marzo, llueve, el pelo hecho una pena.

Siempre había desconfiado de los que publican sus diarios. Leer en público un verdadero diario me parecía una violación de intimidad, y un diario escrito para que otros lo lean -perdiendo su función, que es ser el lugar secreto de alguien- no podía ser en el fondo más que variaciones sobre temas como 8 de marzo, llueve, el pelo hecho una pena.

Hace años, sorprendí a un amante con mi diario abierto en sus manos.

Aunque sabía que no había podido leer prácticamente nada, porque sólo estuve un momento fuera de la habitación, aunque sabía que estaba descontento del desarrollo de nuestra relación y quizás esperaba encontrar una pista, aunque sabía que dejarle por el asunto del diario no era lo más adecuado, que el incidente me servía simplemente de pretexto... a pesar de todo, pensé: se acabó, esto es lo último. Le dejé y, durante semanas, sólo pensé en él relacionándolo con este fragmento de frase:...y encima, leyendo mi diario.

Desde que le conocí, había escrito todos los días, al principio tres o cuatro frases, pronto páginas y páginas. Cuando, una noche, sacó el diario de mi cartera abierta al lado de la mesa del café y empezó a hojearlo una extraña mezcla de sensaciones me subió por la espina dorsal: primero, consternación; después, alivio, encanto, exaltación. ¿Cómo había podido soportarlo? El tiempo transcurrido sin que él leyera mis anotaciones, un tiempo muy largo, era un tiempo en el cual yo no tuve quién me leyera. Un código de adolescente, unos densos garapatos oscurecidos por un barniz de latín chapucero, indescifrable para quien no fuera yo... y a veces incluso para mí a las pocas semanas. ¡Cuántas veces habría corrido hacia cajones de escritorios al sonar un timbre para esconder los cuadernos debajo de bragas y pañuelos! ¡Cuántas veces había echado a última hora un vistazo a la

habitación para asegurarme de no dejar expuesto algo que no deseaba fuera visto por nadie, ni conocido por nadie! Siempre en busca de escondrijos que nadie debía encontrar; el triste aislamiento, el desierto de la intimidad. Se ha acabado, pensé, se ha acabado, me conoce perfectamente, no hay nada que ocultar, y me senté al pie del sofá y le contemplé mientras leía.

Acabo de llamarle a la oficina; es tranquilizador oír la voz del recepcionista pronunciar el nombre de una empresa y después canturrear:

Un momento, por favor. Es tranquilizador oír a su secretaria responder medio minuto más tarde, tranquilizador oírla decir: cc... Quizás haya salido a almorzar. Si lo ha hecho, no me lo ha dicho. ¿Quiere dejar un recado?.

Necesito tranquilizarme. Me fui de la oficina a las diez y media, sin ninguna cita para el día, dispuesta a recuperar en casa trabajo atrasado. Y ahora, esto.

Me llama.

— Somos un anacronismo -susurro, leyendo el diccionario al teléfono con la voz gangosa; prácticamente todas las definiciones incorporan la palabra error-. No es normal andar vagando obsesionada por el apartamento de un hombre un lunes por la tarde -una copa de café azucarado en las manos, horas y horas, un cigarrillo detrás de otro, el tiempo pasa-. Estoy asustada.

Y ¿por qué no?, pienso, mientras murmuro por el teléfono, mis naves quemándose en brillantes columnas a mi espalda, señales de lo que he abandonado por él: una trama comprensible -aunque de segunda mano- del Código de cómo vivir, recopilado a lo largo de décadas. Ojos que miran de frente, abiertos de par en par, como en trance, y no sé todavía adónde miró.

Hay ciertamente motivo de alarma, sería anormal recorrer silbando el transcurso de mis días. Las respuestas son correctas, la maquinaria emocional bien estudiada, el cerebro bien engrasado marehan simultáneos, conectados. Los acontecimientos nuevos, a falta de suficiente información, pueden muy bien ser inquietantes; las nuevas secuencias más inquietantes que los acontecimientos aislados, los nuevos procesos aún más alarmantes.

— Anacronismo -repite. Hay una pausa y, después, dice despreocupadamente-. Bueno, a lo mejor lo somos, ¿y qué? Estamos muy bien.

— Dime qué debo hacer -le digo.

— Tal vez debieras volver a la oficina -dice- a hacer el trabajo de oficina en la oficina. O espera hasta las tres. Si, para entonces, no te has puesto a trabajar, ya sabrás.

Me ha ordenado la tarde, crujiente y clara, dividida en segmentos,

tanto para esto, treinta minutos para eso, nada de vagar de cuarto a cuarto.

Haré lo que él diga. Haré lo que me diga, eternamente. Gran palabra ésta, más te valdría evitarla, deberías saberlo. Pero ¿y si, después de todo, he encOntrado un absoluto? Siempre, nunca, eternamente, completamente.

Nunca me detendré, haré eternamente lo que él diga... ¿ Cuán severa es la teología que podemos escoger? El dios de la cólera, eternamente y más allá, deseo insatisfecho, paraíso de azufre. Al final, me he transfOrmado en una especie de creyente, chaquetera, traidora a lo que con tanto esfuerzo me he enseñado: no me repudies, jamás me abandones, deseo imposible de satisfacer, mientras él me ame estoy a salvo.

Pongo el cronómetro de la cocina para que suene dentro de media hora. Serán entOnces las tres de la tarde, y me sumergiré en la nueva cuenta, una gruesa carpeta que hay que estudiar. Planearé mi estrategia.

Mientras tanto. escribiré a máquina. Una mujer me contó que había vivido con un hombre durante el año que le tomó escribir su primer libro, y que él, todas las noches, a las once en punto, subía el volumen del televisor y decía : -¿Cuándo vas a terminar de escribir a máquina?

Ella se hizo experta en reconocer el preciso instante en que tenía que parar -entre las dos y las tres de la mañana-, justo antes de que él empezara a lanzar sillas, libros, botellas.

Escribiendo a máquina. Recordando en letra de imprenta, presionando temblorosos botones. Una máquina más o menos fiel, que registra un proceso: lo que él hace que ocurra. La adormilada esclava se sienta al alba a los pies de su amo y relata, con voz arrulladora, sosegado sonsonete, lo que le ha ocurrido aquella noche, mientras el cielo se ilumina, antes de dormirse, los dOs infinitamente fatigados, los miembros flotando.

Y además rápido... ¿55 ppm? No tan rápido. Podría representar el papel de secretaria suya, dejar mi hermOsO y absurdo trabajo y estar a su lado las veinticuatro horas del día? Beverly, la voz amistosa que responde al teléfono: ...salido a almorzar, si no ha... recado?. Es de Queens, explica él, ganan más en Manhattan, si no, ¿cómo las van a sacar de Queens?, y mi cerebro lo registra todo débilmente, pero como es natural, no digo nada, porque mi estómago se rinde al tOno evidente y perezOso de su voz cuando dice: Hay que pagar más a estas chicas, si no... Mi estómago y mis muslos responden: Chicas sin rostro, de Queens O de cualquier OtrO sitio, iguales que yo, sOy una de ellas. PerO es a MI a quien ama. A mi a quien permite hundir la cara en su axila, a mi a quien enciende un cigarrillo cOn lOs párpados

cuidadosamente entornados, me lo pone entre los labios, mi boca ligeramente abierta, en espera de lo próximo que quiera meterme: la lengua, su saliva con vino, la polla, un pulgar, un dado de chocolate amargo, dos dedos, cuatro, medio champiñón salteado, lengua, polla otra vez. A mí me pone un Camel en los labios, lo hago brillar en la oscuridad, nuestros muslos húmedos se adhieren cuando dice, en voz baja y perezosa:

— Si no, ¿cómo van a sacar de Queen a las Beberlys?

Dentro de quince minutos, tendré que ponerme a trabajar. Establecido por él con la misma seguridad que si supiera lo que necesito hacer, cosa que no sabe, al menos en detalle.

— Si no te salen las cosas...

Un dulce y lento calambre de sometimiento en mi estómago, muslos como jarabe tibio. Ayer, cuando terminábamos de cenar a su mesa, una criatura cantó una balada sin sentido en una ventana cercana: ruidosa, desafinada, optimista. -¿Quién es ese niño ruidoso? - grito.

Se ríe, Le gusta que levante la voz... Es tan raro que él lo haga. El niño cantor no me oyó. CUALQUIER COSA, EXTRAÑA O NO, RELACIONADA CON DETERMINADA época. La época es mediados de verano, en la década de los setenta. La que no está relacionada soy yo.

Cuando caí en la cuenta de que mi orgasmo era siempre perfectamente previsible, hacía tiempo, como es natural, que era familiar a mi cuerpo. No cabía error sobre el poder que aquel hombre ejercía sobre mí. Me corría cada vez que me ponía en movimiento, como un buen juguete de cuerda. El humor favorable o desfavorable a hacer el amor era algo que recordaba como leído en algún libro. No era cuestión de insaciabilidad, sino de inevitabilidad de la respuesta. Hiciera él lo que hiciera, siempre, inevitablemente, terminaba yo por correrme. Tan sólo variaban los preludios.

Me apresuro a regresar de los lavabos, donde me he cepillado a toda prisa el pelo, lavado las manos, pintado los labios. Mientras doblo rápidamente una esquina y atravieso el vestíbulo camino de mi despacho, oigo que una colega coge el teléfono, la línea nocturna. Son las seis y cuarto, una reunión que empezó a las cuatro ha terminado hace unos minutos.

Cuando llego a mi escritorio, dispuesta a coger la cartera y marcharme, mi teléfono empieza a sonar.

— Para ti, amor -dice una voz alegre. Nos hemos hecho buenas amigas desde que nos conocimos por casualidad, hace siete años, porque ambas empezamos a trabajar el mismo día en la empresa. Se oye un chasquido y queda conectada la línea exterior.

— Vamos, ya es hora de salir de ahí. En el Hotel Chelsea, habitación...

— Ni siquiera sé dónde está -digo. -¿Qué pasa, acabas de salir a la superficie en Penn Station?

— No llevo en la ciudad tanto tiempo como tú -digo.

— Lo sé, querida. El problema es que no eres capaz de orientarte en ella.

— Claro que puedo orientarme -digo-. No me hace falta conocer la dirección de todos los hotelitos...

Estoy inclinada sobre mi escritorio, con el pelo a ambos lados de la cara, quitándome la luz, como si llevara orejeras. Tengo el auricular en la mano izquierda, y el lápiz, que sostengo en la derecha, describe cuidadosos y lentos círculos tangenciales alrededor de la inscripción HOTEL CHELSEA, garrapateada en el dorso de cartón de un bloc de notas. Una vez terminada la corona oval compuesta de z precisas y diminutas, trazo las verticales de la H, arriba y abajo, arriba, otra vez abajo, la sonrisa fija mientras su voz prosigue: ...conoces a nadie... estado allí?... Todo neoyorquino... un punto de referencia. Media hora.

El taxista no ha oído mencionar en su vida el Hotel Chelsea. Lo encuentra con ayuda de una andrajosa colección de páginas que ya han perdido sus tapas con manchas intermitentes de grasa, tan completamente tiznadas que me impresiona la rapidez con que descifra lo que hay impreso en ellas. No es un viaje muy largo.

El pequeño vestíbulo está desordenadamente lleno de muebles desaparejados, las paredes cubiertas de polvorientos cuadros, todos ellos, al parecer, pintados en el curso de las dos últimas décadas. El único ocupante, aparte de mí y un hombre plantado detrás de un mostrador, en el extremo opuesto de la habitación, es una mujer sentada en un banco negro con cojines de vinilo, situado en ángulo recto con una chimenea. Su rostro, surcado de profundas arrugas, es una máscara en una cabeza tan pequeña que parece haber encogido. Los altos tacones de sus escotados zapatos están salpicados de un resplandor verde. Unos calcetines caídos dejan al descubierto pantorrillas blancas, tan elegantes como las de una bailarina adolescente; algo que parece una mochila de soldado cuelga, suspendido de un cordón de zapato, a lo largo de una camiseta Knicks, metida en el talle de una falda de tweed color sal y pimienta. Está leyendo un comic de Spiderman; en su regazo, descansa un grueso libro de biblioteca, Aves de Sudamérica. Reprimo de mala gana mi curiosa mirada.

El ascensor es pequeño, el vestíbulo donde me deja sombrío. Me inclino cuidadosamente sobre la elaborada balaustrada de hierro forjado.

Fila tras fila, las barandillas se hunden hacia abajo en el hueco sin fondo, en la luz mortecina. Me aparto bruscamente, irritada conmigo

misma. Claro que es muy hondo, me digo, son doce pisos... Aunque trato de andar con paso ligero, no puedo evitar que los tacones de mis sandalias resuenen ruidosos sobre el suelo de piedra. Cuando encuentro la habitación que buscaba, respiro hondo, encantada de cerrar una puerta al silencio y al hueco de la escalera de afuera.

Esta vez, no hay paquetes amontonados encima de la cama, tampoco hay nota. En las paredes, necesitadas de pintura, seis ganchos de baratillo, del tamaño que yo uso para colgar mis recordatorios menos pesados; parecen insectos emplazados a intervalos irregulares. Los cuadrados blancos debajo de los ganchos hacen que la superficie de pared que los rodea parezca aún más gris, y dan a la habitación un aire de haber sido recientemente evacuada... de un lugar abandonado por alguien precipitadamente, quien, sin tiempo para hacer las maletas, se ha ido arrancando a toda prisa las fotografías familiares que colgaban de las paredes en marcos baratos. En el borde posterior del lavabo del cuarto de baño, al lado del grifo del agua fría, hay una cucaracha muerta, y otra más pequeña yace cerca del desagüe de la bañera.

Me siento en el cobertor de felpa anaranjada que cubre la cama individual, y el colchón se comba abruptamente. Apoyo mi cartera en la pantorrilla y no me quito del hombro derecho la correa del bolso, que sujeto con el codo mientras mantengo la correa en la mano, con el brazo izquierdo cruzado en diagonal sobre el pecho.

Por fin, suena el teléfono.

— Quítate la ropa -dice-. En el cajón de arriba, hay un foulard; átatelo sobre los ojos.

El gran cuadrado de tela -de algodón blanco con un estrecho ribete de pequeñas flores rosadas, regalo de dos amigas hace ya tres cumpleaños- está, perfectamente doblado, en la esquina frontal izquierda del cajón. Me quito la camiseta azul oscuro y los pantalones de hilo, perdida ya la costumbre de pasar ropa por mi cuerpo con mis propias manos.

La puerta se abre. Entra, la cierra con llave y se apoya en ella con los brazos cruzados. Siento que mi sonrisa se hiela, se derrite, se desvanece en rápida sucesión. Da tres zancadas hasta la cama, arranca de mis manos, de mi cuerpo, de la cama, la colcha y la sábana, me da una bofetada que me hace caer de lado con las piernas abiertas. Me encuentro momentáneamente desorientada.

— No llores ahora -dice con una voz sin inflexiones-. Ya habrá suficientes lágrimas más tarde. No te había pedido nada muy difícil.

— Es una habitación siniestra -digo-. No pude soportar la idea de no ver nada sola aquí dentro.

— No puedes soportar gran cosa -dice-. No era probable que te sucediera algo grave, conmigo al otro lado de la puerta.

— No sabía que estabas...

— Límitate a hacerlo -dice-. Estoy cansado de hablar.

Doblo el foulard y me lo ato torpemente en la nuca. Mete primero un dedo entre el foulard y mis cejas y luego, dos más; desata el foulard, vuelve a atarlo. Ya no puedo ver la línea de luz que había en el borde inferior. Hay un roce de celofán, un leve ruido de papel desgarrándose, el chasquido de su encendedor, un cigarrillo en mi boca. Flexiona los dedos de mi mano izquierda en la forma adecuada para sostener un pequeño cenicero... Al tacto, parece de cristal. Después de haberme fumado dos cigarrillos, me aclaro la voz, abro la bocá... pero alguien llama a la puerta. Oigo sus pisadas en el suelo de madera, el cerrojo que se abre, palabras en voz baja. La otra voz es tan profunda como la suya, pero tiene un timbre diferente... ¿de mujer?

— Ya era hora -dice él y, después, murmura algo que no alcanzo a oír-.

Bueno, está bien.. empieza ya.

Durante los diez minutos siguientes, alguien me viste de nuevo. Es una mujer. Ahora, estoy segura: sus pechos rozan continuamente mi cuerpo, los siento blandos y grandes. Hay un persistente olor a un perfume que no alcanzo a identificar: es dulce, aunque no empalagoso; no es realmente bochornoso, aunque tiene una indudable sugerencia de almizcle, y también algo de verbena. Lleva las uñas largas, es más baja que yo, ha bebido hace poco unos sorbos de whisky y se ha enjuagado con Lavis. Tiene el pelo basto, abundante; su pelo, como sus pechos, me roza continuamente la piel.

Trato de visualizar la ropa que me está poniendo. Las bragas son pequeñas, hechas de un tejido resbaladizo, y el ribete me rasca justo por encima del vello púbico. Me mete los pies y las pantorrillas en botas con cremallera interior. La inclinación que imponen a mis empeines significa necesariamente que tienen tacones altos y gruesas suelas-plataforma. Me pasan una fálda por encima de la cabeza, cierran la cremallera por detrás.

Tanteo la tela entre el índice y el pulgar: es fría y resbaladiza como un impermeable con revestimiento de plástico... Llevo una falda de vinilo que me llega -con los brazos sueltos a los lados- a la punta de los dedos.

Después un sostén.

— Echate hacia adelante, encanto -dice la voz de la fumadora, en un tono infantil y conspiratorio-. Vamos a sacarle el mejor partido a esto.

Me doblo por la cintura, mientras me ajusta los pechos, cogiendo cada uno de ellos con la palma de una mano, apretando hacia el centro, embutiendo el relleno por debajo y hacia la parte del pecho más cercana a la axila. Cuando me dice que me ponga derecha, paso

los dedos por sobre lo que sobresale del rígido encaje: mis pechos se tocan, algo que normalmente sólo les ocurre bajo la presión de las manos de un hombre. La imagen de mis pechos en tan extravagante posición me hace reír como una tonta. -¿De qué te ríes ahora? -dice él.

— Mira -digo-, ponte en mi lugar. Estás en un hotel, con los ojos vendados, y alguien que no conoces te mete en un sostén tipo cesta por el que habrías dado los colmillos entre los doce y los dieciocho años; el problema es que tu madre jamás te dejó ponerte uno. Imagínate eso y dime si no te daría risa.

— Comprendo lo que quieres decir -responde.

Mientras tanto, me han pasado por la cabeza una prenda que me cubre el tórax. No tiene mangas, termina dos pulgadas por encima de la cintura y empieza donde mis pechos se esconden bajo el rígido encaje. Una minifalda de vinilo, pienso, una blusa con la que lo enseño todo, botasplataforma: voy vestida de golfa.

No queda tiempo para interpretar el rompecabezas que acabo de resolver. Me quitan el foulard de los ojos. Ante mí, en la evanescente luz septentrional, resplandece una enorme peluca Dolly Parton, rubia platino, sobre ojos pintados como una puerta y una boca brillante marrón oscuro. Y hay una blusa negra transparente, muy escotada sobre grandes pechos encajonados en un sostén de encaje negro; una falda de vinilo púrpura que termina a medio muslo, botas de charol... Es una gemela mía: las dos, vestidas igual, contendientes en una competición todavía misteriosa. Me quedo con los ojos como platos.

Ninguno de ellos se mueve. Pero, cuando me siento en la cama crujiente -dispuesta, finalmente, a formular una pregunta-, él dice:

— Termina lo que falta.

Lo que falta, y para lo cual tarda casi media hora, es una peluca como la de ella y un generoso maquillaje; los frascos, tubos y cepillos salen sucesivamente de una caja de lamé dorado, custodiada en las entrañas de un enorme bolso. Aunque lo intente con paciencia y perseverancia, no consigue pegar las pestañas postizas a mis párpados. No estoy acostumbrada y no puedo evitar parpadear como una histérica. Para compensarlo, me cubre las pestañas con masas de rimel, esperando a que se seque la primera capa -mientras trabaja con una sombra de ojos verde iridiscente-, aplicando después otra, y otra más. Me perfila los labios con un lápiz corto y duro, apretando mucho; llena el espacio así delimitado con su lápiz de labios marrón oscuro y, finalmente, cubre todo con una costra de vaselina. Unos pocos toques y pinchazos más en la peluca con un desmesurado peine de cola de rata, y dice, satisfecha consigo misma:

— Llegó la hora de mirarse, encanto, ahí está el espejo.

Le miro a él. Está sentado en el único sillón, con un tobillo apoyado en la rodilla y las manos en los bolsillos. No dice nada. Me

encamino lentamente hacia la puerta del cuarto de baño y veo el espejo, cruzado en diagonal por una grieta que forma un triángulo rectángulo en la esquina superior izquierda.

Es la imagen de una mujer de la que se suele apartar la vista cuando se va en compañía de un hombre, a la que se mira de arriba abajo, subrepticamente, cuando se está a solas y nadie espía: una prostituta de la Octava Avenida; no una encantadora Dama de la Noche de un café parisino, sacada de la película Irma la Douce, sino una puta callejera neoyorquina de los años setenta, desgarrada y atrozmente pintada, con su peluca barata y sus señuelos de los sesenta, tan dispuesta a dar servicio a un tipo como a robarle la cartera; la mujer que oculta su rostro tras un gran bolso de plástico en el telediario de las seis de la tarde, tras la noticia de una nueva redada de la Brigada contra el Vicio.

Me vuelvo hacia ellos... Pienso que no puedo siquiera salir corriendo, así vestida.: Tres personas mirándose en un cuartito sórdido: golfas gemelas y un hombre bien afeitado, cómodo en su traje azul oscuro con rayas blancas, su crujiente camisa rosa pálido, su corbata azul oscuro con motitas blancas.

— Estás fantástica, encanto -dice una golfa a la otra.

— No te pago para que hables -dice el hombre desde el sillón, en un tono agradable. -¿No te gusta cómo ha quedado? -persiste la golfa. ¿No es eso lo que querías?

— No lo has hecho por gusto -dice él, de nuevo amablemente-. Y ese equipo no te ha costado ni una tercera parte de lo que me has cobrado.

— Es difícil repetir un vestido exactamente igual; además, hubo un pequeño problema de talla, si quieres que te diga...

— Esta noche todo el mundo está de humor charlatán. menos yo -dice el hombre-. Desnúdame. Y tómate tu tiempo esta noche, tenemos mucho tiempo. Esta puede aprender unas cuantas cosas de una profesional. Ven aquí, siéntate, mira. Tienes mucho que aprender.

Estoy clavada al desgastado suelo del umbral al cuarto de baño. Ella ha empezado a desnudarle -yo nunca le he desabrochado ni un botón de la camisa- despreocupada y eficazmente, una madre que desnuda a su pequeño para bañarle, cuando el niño está demasiado cansado de un día al aire libre para hacer otra cosa que quedarse quieto y de pie, y la madre está impaciente por quitarle la ropa sucia, meterle en el agua, ponerle el pijama y acostarle.

Cuando está tumbado de espaldas, dice -no mirándome a mí, sino a la mujer que está en pie a su lado:

— Mueve el culo hasta aquí y siéntate en esa silla, si no quieres que vaya a buscarte.

Cruzo en trance la habitación y me siento. Aíí en trance, la veo

trepar a la cama torcida, y en trance la veo arrodillarse entre sus piernas. No puedo evitar temblar, aunque aprieto una pierna contra otra, los codos contra las rodillas, los nudillos contra los dientes superiores. Su falda sobresale rígida, exponiendo el triángulo negro de sus bragas y su trasero. Durante unos segundos, sólo puedo pensar en lo inmaculado de su piel, mientras mi mente comenta, objetiva y cortésmente sorprendida, cuán graciosa colección de formas se acumula en tan grandes nalgas; la peluca cuyos pomposos cabellos rubios caen ahora hacia atrás, amontonados entre los omóplatos, se cierne sobre el lugar de encuentro de las piernas del hombre. Al principio, sólo se oyen ruidos de succión; después, el hombre respira hondo y emite un gemido. Es un sonido que conozco bien. Es un sonido que había imaginado me pertenecía — ¿en base a qué?, me pregunto, ¿ en base a qué?, que sólo mi boca podía hacer audible, que valía tanto como un billete de lotería premiado, un ascenso, todo mi talento y capacidad... mis puños están grises y resbaladizos, aún untados de restos de maquillaje. Su mano está entre sus piernas, su cabeza se desplaza verticalmente, con movimientos largos y lentos.

— Así... -susurra él-. ¡Dios!

Ahora tengo en el puño una estopa de acero amarillo, todo el nido cede cuando tiro, lo lanzo hacia atrás por encima del hombro, mis dos manos se abalanzan sobre su pelo, súave. castaño claro con abundantes hebras grises. -¿Qué demonios...?

Se levanta; después, cuerpos emborronados, y entonces él se sienta al borde de la cama. Estoy doblada sobre su muslo izquierdo, tiene la pierna derecha apoyada en mis corvas, la mano izquierda cerrada sobre mis muñecas aplastadas contra el nacimiento de mi espalda. Aparta el crepitante vinilo y dice:

— Pásame el cinturón.

Mete los dedos entre la goma y la piel y me baja las bragas de áspero dobladillo hasta el nacimiento de los muslos.

Rechino los dientes, ciega de terror y de una furia desconocida para mí. No, no puede pegarme hasta la eternidad, no emitiré el menor sonido...

Veo, de pronto, a una profesora de segundo grado, diciendo a un alumno -un niño hosco, mayor y más alto que el resto-, cuando se le caía un lápiz, y a menudo cuando no había pasado nada en absoluto: Tu padre debería cruzarte sobre sus piernas, bajarte los pantalones y darte lo que mereces.

Dicho con voz ligera, ominoso como una pesadilla en su misma dulzura; una vez por semana, una nerviosa ola de risitas atravesando una habitación silenciosa, veintiocho niños de siete años inclinando la cabeza sobre el pupitre con una vergüenza para ellos tan inexplicable como penetrante. No he pensado en esta profesora ni en la proximidad

de húmedos pantanos que conjuraba desde que me encomendaron a los cuidados de la antipática Miss Lindlay, en tercer grado. Y aquí está, resucitada, liberada, vil: más degradante que cualquier cosa que me hayan hecho hasta ahora; la obligada intimidad carne a carne es mucho peor que estar atada a una cama, que encogerse en el suelo; las esposas y las cadenas son una gracia de Dios comparadas con estar colgada, como si estuvieran sirviendo mis nalgas, la sangre barboteando en mis oídos...

Como es natural, termino por gritar. Se detiene, pero sin soltarme. La fresca palma de una mano acaricia suavemente mi piel, unos dedos trazan líneas de aquí para allá; una mano plana se mueve con delicadeza por mis muslos abajo, hasta donde éstos están sujetos por sus piernas, sigue hacia arriba entre los muslos, desde las rodillas, baja y asciende otra vez, lentamente.

— Dame esa vaselina que traías ¿dice- y sujétale las manos.

Me están separando las nalgas, siento la presión de su dedo en el ano, una mano entre las piernas, un dedo resbaladizo deslizándose fácilmente en su lugar entre labios cerrados.

Tenso todos los músculos. Me concentro en espirales amarillas que giran sobre fondo negro en el interior de mis párpados apretados, rechino los dientes, me hundo las uñas en la palma de las manos, más frenética ahora que cuando empezó a pegarme: no puedo soportarlo, así no, por favor no me dejes... Mi cuerpo empieza a moverse bajo la lenta presión que me obliga a arquearme contra él, y no tarda en contorsionarse codiciosamente sobre su mano.

— Crees que sabes lo que quieres, querida -dice su voz a mi oído, muy baja, casi en un susurro-, pero haces lo que quiere tu coño siempre.

Me golpea brutalmente.

— Haz que se calle -dice, y me tapa la boca una mano perfumada, que muerdo con todas mis fuerzas; luego, me meten el foulard entre los dientes, y alguien, que respira pesadamente a mi derecha, lo sujeta en su sitio. Mi boca es liberada una vez más, y sus manos me acarician hasta que mi cuerpo sucumbe, esta vez mucho más aprisa.

— Por favor no puedo soportarlo, por favor, haz que me corra -lo que, tras un nuevo golpe, se convierte en una sola palabra:

— Por favor...

Siento mi cuerpo empujado encima de la cama, oigo mis sollozos bajo la almohada, apagados y distantes hasta para mí misma noto una lengua en mi cuerpo; la almohada fuera su rostro cuelga sobre el mío pero la lengua sigue allí, abajo, y no tarda en hacerme gemir; mi cabeza en su hombro cuando se tumba cuán largo es a mi lado, su brazo me rodea apretadamente, sus dedos en mi boca, ella lo monta y lo cabalga. Ella y yo nos miramos muy cerca mientras él se corre.

Estoy sentada en un asiento de esquina del metro. Sólo han sido dos meses, poco más de nueve semanas, he pasado dos meses descontrolada.

Frente a mí se ha sentado un muchacho, con el pelo rizado caído sobre una frente redonda, camisa desabrochada, un libro abierto rígidamente sujeto con las dos manos. Le miro sin pestañear, mi cuerpo está líquido, flota. Me devuelve la mirada, dos veces ha intentado sonreír. Tengo las manos dobladas en el regazo, las palmas abiertas, una dentro de otra. No sonrío.

Soy consciente de mi nuevo poder, y el muchacho sentado al otro lado del pasillo también lo es. Seguramente no es un poder nuevo, probablemente es antiguo. Simplemente no lo conocía. abandono.

Me apeo en la Calle Cuatro Oeste. El muchacho estira el cuello, abre la boca cuando le devuelvo la mirada, se incorpora torpe y apresuradamente, pero las puertas ya se han cerrado.

El chaval del metro lo sintió, de segunda mano. Debe filtrarse por mis poros. A lo largo de los dos últimos meses, he pasado por un proceso de aprendizaje de mí misma, todas las noches algo nuevo, una profunda corriente que se refuerza con el paso de las horas; manos sujetas encima de la cabeza, breves gemidos, mi cerebro repitiendo esto es nuevo. Un poder nuevo y consciente: una vulnerabilidad perversa tan sólo en cuanto que es total, en todo caso natural como la hierba o el asfalto en Nueva York.

Abandono. Tómame, cualquier cosa, házmelo, cualquier cosa, tómame, cualquier cosa, márame si te place. Pero, antes árame. Mírame, mis ojos están cerrados, tus dedos perfilados en mi mejilla, el pelo húmedo caído donde la gravedad lo hace aterrizar cuando mi cabeza se desploma sobre la almohada. Mejor aún, primero habla de pegarme, en voz baja, y espósame a la pata de la mesa y dame de comer, agachándote. Hazme comerte entre un bocado de bacalao asado y uno de patatas fritas, inclina el vaso de vino sobre mis labios hasta que el líquido fluya a mi lengua, mis ojos están cerrados, tienes que decidir cuánto hay que inclinar el vaso, no se puede contar conmigo. El vino se derrama por mi barbilla, nadie lo seca, primero, y Dios sabe qué vendrá después: gruesos verdugones y un grito ahogado por vez primera. Siguiendo los verdugones, viendo cómo la polla se te pone otra vez dura, mirando cómo sigues los verdugones, sintiendo que tu polla se pone otra vez dura, nuestros ojos enlazados.

Semanas más tarde, ya no se pueden ahogar los gritos. Quizá más tarde, un hilillo de sangre: ¿qué se siente cuando te pegan hasta hacerte sangre? Cuando tienes cuatro años, tener cinco es insondable. Si nunca has chillado, descontrolada, no puedes imaginar lo que se siente. Ahora sé lo que se siente, es como correrse. Hay un lejano sonido que tiene algo que ver conmigo y que seguramente no tiene

nada que ver conmigo, no hay responsabilidad. Mi cuerpo sometién dose, cediendo. Sin límites. Extraños sonidos a lo lejos, no se puede contar conmigo.

Años de intermitentes imposturas a mi espalda. El poder de fingir el éxtasis, el mezquino y patético control que garantiza el jadeo-jadeojadeo, ah, querido. Dinamita en la cama, susurra un hombre a su mejor amigo cuando entro en el salón, hace de eso unos años. Pues, ni una sola vez me corrí con aquel hombre, ni una sola vez en diez meses de incansables contorsiones, y él, sin embargo, estaba satisfecho de mi respuesta. Viéndole encima, jadeaba mientras se corría entornando los párpados, la cara roja muy alta sobre mí, controlándole. Ya no controlo más. Este me ha tomado, me ha poseído, me ha hecho suya, puede tenerme entera, bienvenido sea, bienvenido.

En Broadway con la Calle Veinticuatro, dan una película porno que se llama Más allá de todo límite. Más-allá-de-todo-límite, ¡qué hermoso sonido!

Me ha prometido que iremos a verla.

— Iremos mucho al cine -dice-, en cuanto hayamos superado esta... fase en que estamos metidos.

Tiene razón. Hay que superar fases como ésta. La visión es demasiado borrosa, yendo así, peligrosamente borracha, por carreteras estrechas, empinadas y sinuosas, como si fueran la autopista de Nueva York, a 150 por hora, ajena a la ebriedad y a los límites de velocidad. El es quien me lleva, abriéndome el camino con cautelosos pasos, muy sobrio, superando un límite y luego otro; los límites van cayendo en la cuneta. Hace dos meses que he perdido el control. Hace mucho tiempo que he perdido la cuenta de las veces en que me corro, de las veces en que digo por favor, no, por favor, ah, no. Suplico todas las noches, es hermoso suplicar. Por favor, ¿qué?, dice en voz baja y hace que me corra otra vez. Mi voz está muy lejos, no es en absoluto mi voz. Suplico noche tras noche, feos ronquidos de mi garganta, el estómago líquido, los muslos como jarabe tibio, descontrolada.

Escucha Santa-Virgen-María, ahora soy como tú; no necesito controlar, él lo hace todo, lo hará hasta que me mate. No puede, no me matará, ambos somos demasiado egoístas para eso. Tántas formas de abrirse siempre más caminos, una vida llena. Profundos verdugones, y un grito ahogado por vez primera. Llevo sólo nueve semanas con él, y hace mucho que hemos superado los gritos ahogados. Muchas deben ser las cosas que acostumbran a hacerse antes de sentir la necesidad que te maten.

Un hilillo de sangre, por vez primera... Muchas cosas. Y recordar a cada instante: si me matas, tendrás que encontrar a otra, y ¿es fácil encontrar a una mujer como yo?

Aquella noche, un hilo de sangre manchó sus sábanas. Pasó un

dedo por encima, la probó, me untó las últimas gotas en la boca y contempló cómo la sangre se secaba en mis labios, mientras acariciaba el pelo mojado de sudor encima de mi frente.

— Ciertamente lo deseas -dijo-. Te obsesiona tanto como a mí. A veces, durante el día, tengo la más persistente de las erecciones imaginando hasta dónde vamos a llegar.

Frotó lentamente con el pulgar las costras escamosas que rodeaban mi boca.

— Otras veces, me asusto...

Se echó a reír.

— Oye, queda un poco de pastel de la cena. Vamos a comérmolos y a dormir. eres insoportable por la mañana cuando no has dormido lo suficiente.

Al día siguiente, después del desayuno, mientras me lavaba los dientes, me eché a llorar. El gritó: -¿Lista? Vámonos, querida, son menos veinte.

Unos minutos más tarde entró en el cuarto de baño y puso la cartera encima de la tapa del retrete. Me quitó el cepillo de dientes de la mano, me secó la cara y dijo:

— Acuérdate de que tienes una reunión a las nueve y media. ¿Qué demonios te pasa?

Me besó en ambas mejillas, me colgó el bolso del hombro, cogió su cartera y me tomó de la mano. Cerró la puerta del apartamento mientras yo seguía llorando y anduvimos hasta el metro mientras yo seguía llorando, y, en un momento dado, dijo: -¿Has traído las gafas de sol?

Las sacó él mismo del bolsillo exterior de mi bolso y me las colgó de la nariz, manoseando una de las patillas, incapaz de encontrar mi oreja derecha.

Cuando salimos del metro, seguía llorando. Lloré mientras subía por la primera escalera y, después, mientras subía la segunda. Poco después de haber cruzado el torniquete de salida, levantó los brazos al cielo, me hizo dar la vuelta, me pasó al otro lado de la plataforma, bajamos de nuevo al metro, subimos en ascensor y entramos en el salón, donde medio me empujó hasta el sofá y gritó: -¡Dime algo, por favor! ¿Qué diablos ocurre?

Yo no sabía qué ocurría. Todo cuanto sabía era que no podía parar de llorar. Cuando, a las seis de la tarde, seguía llorando, me llevó a un hospital; me dieron sedantes, y el llanto cesó al cabo de un rato. Al día siguiente, inicié un tratamiento que duró varios meses.

No he vuelto a verle.

Cuando mi piel recuperó un tono uniforme, dormí con otro hombre y descubrí, al ver mis manos torpemente tiradas en la sábana a ambos lados de mi cuerpo, que había olvidado qué hacer con ellas.

Vuelvo a ser responsable y adulta, todo el día. El resultado final es que el termostato de mis sensaciones se ha descompuesto: han pasado años, y a veces me pregunto si mi cuerpo volverá a registrar una temperatura algo más que tibia.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

22/06/2010